



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ALF REGALDIE

se

LOS INSOBORNABLES

Resultaba impresionante el silencio que reinaba a semejantes horas en aquel barrio residencial de Túnez «La Blanca», la hermosa capital norteafricana, de inconfundible aspecto por su encalado caserío deslumbrante de blancura y por sus numerosas mezquitas de esbeltos alminares.

Pero a Dick Matews no le impresionaba aquello en absoluto y ni siquiera se fijaba en ello. Sus sentidos estaban pendientes de una lujosa mansión rodeada de frondoso jardín y en la cual le había parecido ver moverse siluetas que calificó de misteriosas.



Alf. Regaldie

Los insobornables

Bolsilibros: Servicio Secreto - 403

ePub r1.0

jala y xico_weno 09.12.17

Título original: *Los insobornables*

Alf. Regaldie, 1958

Ilustraciones: Ángel Badía

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Alf Regaldie

Los Insobornables

1.^a EDICIÓN

ABRIL - 1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



LOS INSOBORNABLES

POY ALF. REGALDIE

CAPÍTULO PRIMERO

Resultaba impresionante el silencio que reinaba a semejantes horas en aquel barrio residencial de Túnez «La Blanca», la hermosa capital norteafricana, de inconfundible aspecto por su encalado caserío deslumbrante de blancura y por sus numerosas mezquitas de esbeltos almilares.

Pero a Dick Matews no le impresionaba aquello en absoluto y ni siquiera se fijaba en ello. Sus sentidos estaban pendientes de una lujosa mansión rodeada de frondoso jardín y en la cual le había parecido ver moverse siluetas que calificó de misteriosas.

—Está claro que no voy a poder visitar por ahora a mi buen amigo Peter Marcus... Parece que la gente está hoy desvelada.

De improviso, los oídos del joven norteamericano se sintieron heridos por el repiquetear de unos tacones femeninos sobre la acera. La mujer debía ser joven a juzgar por la ligereza con que se movía y aparte de ello, debía tener también prisa.

—Parece que el ruido proviene de la mansión de Peter Marcus...

Se produjo entonces el ruido de otros pasos más apagados, pero tan ligeros como los femeninos, pasos que Dick Matews no vaciló en calificar de masculinos.

El agente norteamericano sintió una instintiva curiosidad y se adelantó, aunque bien pegado a la pared, cuyas sombras le protegían, en dirección al punto donde los pasos se producían. Y no tardó en divisar una fina silueta de mujer que se movía de forma apresurada no exenta de gracia, dando la sensación de que huía de alguien.

—¡La persiguen, está claro!

Detrás de la silueta femenina aparecieron las de tres hombres, obligando semejante aparición a avivar el paso a la mujer.

Advirtió Dick Matews que la mujer se volvía, mostrando cierta inquietud en sus ademanes y en el apresuramiento del paso, que llegó a convertirse en carrera, en franca huida.

El norteamericano se adelantó al encuentro de la mujer, procurando que sus movimientos pasasen inadvertidos a fugitiva y perseguidores. Marchó de forma deslizante y logró alcanzar el hueco que formaba el quicio de la puerta.

Espió Matews la llegada de la muchacha y la tomó de una mano, obligándola a esconderse pegada a él.

En la intensa oscuridad que le rodeaba, los tres hombres se sintieron desconcertados; pero fue solamente durante algunos instantes, pues comprendieron que la joven se había escondido; y avanzaron resueltos hasta el lugar donde imaginaron que estaba.

Matews, que los vio llegar, ordenó imperiosamente a la joven:

—¡Silencio! ¡Quieta!

Vio brillar el norteamericano la hoja de un cuchillo en la diestra de uno de los perseguidores que iba delante de los otros dos y que expresó a media voz:

—¡Ahí la tenemos! ¡A por ella!

Saltó Matews de forma inopinada y detuvo el brazo armado del hombre que iba delante y que intentó herirle al verlo aparecer. Y a continuación, conectó el joven un preciso derechazo cruzado a la barbilla del primer perseguidor, que cayó como fulminado, sin exhalar siquiera un gemido, soltando el arma, que fue a quedar a un par de metros de él.

Ante la inesperada acción, los otros dos perseguidores se detuvieron sorprendidos; pero aquella vacilación no duró ni un segundo. Uno de ellos inició la acción de echar mano a su pistola; mas se vio frenado en su acción al aplicarle Matews una patada al bajo vientre que lo lanzó aparatosamente hacia atrás exhalando un doloroso gemido.

Destelló en el espacio un cuchillo que desplazó el aire con silbido siniestro.

Y el agente norteamericano se arrojó al suelo, logrando evitarlo así, clavándose el arma en el maderamen de la puerta, a un par de palmos de donde se había refugiado la joven, quedando el acero vibrando amenazadoramente unos instantes.

Desde el suelo atacó Matews al hombre que le había lanzado el

cuchillo, saltando sobre él como un tigre, para asestarle un cabezazo a la altura del estómago, que arrolló al otro, dejándolo fuera de combate.

Comprendió Matews que alguno de los tres no tardaría en levantarse y, como no deseaba que llegase a producirse escándalo alguno, se volvió a la joven, que había contemplado la lucha con serena expresión, y la tomó de la mano.

—¡Vamos, jovencita! ¡Aquí hay dos personas que sobran y esas somos precisamente nosotros!

Echó a correr, siguiéndole la joven, suponiendo Matews que lo hacía de buen grado por lo que, al cabo de unos pasos, la soltó para facilitar la huida de los dos.

Conocía el norteamericano bien aquellas calles y salió prontamente a un punto donde quedaban prácticamente fuera del alcance de la persecución de los tres desconocidos.

—¡Ya no es necesario correr! Aunque tampoco quiere decir que nos sentemos aquí a charlar.

La joven, con las dificultades propias, dada la velocidad de la carrera, respondió:

—No había pensado en semejante cosa. Pero caminemos deprisa. Esas gentes son de las que no se dan por vencidas fácilmente.

Caminaron aun durante un buen rato sin volver a cambiar palabra y al fin, fue la joven quien se detuvo, imitándola Matews, el cual sentía curiosidad por conocerla, por verla detenidamente.

—Le doy las gracias por su intervención —dijo la desconocida, jovial, aunque se advertía un fondo de preocupación en ella.

A Matews le resultó agradable no solamente su voz, sino su aspecto, pese al sobresalto que le había producido la carrera; y la contempló con agrado, dirigiéndole una mirada como si quisiese profundizar en ella.

Destacaban en la joven sus bellos ojos negros, rasgados, y su tez blanca y fina, así como la armonía de sus formas que se adivinaban bajo el fino vestido de tela oscura.

—Era una obligación auxiliarla. No tiene por qué darme las gracias. ¿No corre ya ningún peligro?

—No. Creo que no.

—Lo siento —respondió el hombre en tono levemente humorístico—. Porque me hubiese agradado acompañarla y así no

me lo va a permitir usted.

—Acertó. Me he detenido porque, aparte de que me considero ya fuera de peligro, deberemos separarnos.

—Lo siento porque me ha agradado usted.

Al decirlo la acariciaba con la mirada, haciendo que la joven se ruborizase y que en sus ojos brillase una chispa de indignación.

—¿Intenta cobrarse ya el favor que me ha hecho? ¿Me considera una mujer fácil por lo que ha visto?

—Nada más lejos de mi ánimo —respondió Matews seriamente—. No acostumbro a fijarme en las mujeres, entre otras cosas porque no tengo tiempo. Pero usted me ha agradado y por eso se lo he dicho sin pensar en nada posterior. No obstante, si la he molestado, le ruego que me perdone.

El tono del joven era contrito. Ella se dio cuenta de que era sincero y depuso su actitud.

—Me ha encontrado usted en circunstancias un poco extrañas y cualquier hombre se creería con derecho a pensar lo que no es.

—Yo me libraré de ello. Y si puedo servirle en algo más, no dude en acudir a mí...

Matews sacó su tarjeta y se la alargó a la joven, quien la tomó sin leerla, guardándola en el bolso.

—Gracias —respondió ella.

—Creo que aunque hablamos en francés, nuestro idioma es otro —apuntó audazmente el norteamericano.

—Cabe en lo posible, porque yo soy inglesa.

—Y yo norteamericano. Bien, en mi tarjeta lo verá.

—¿No me pregunta mi nombre ni el motivo de que me persiguieran esos hombres?

—¿Para qué? No me agrada ser indiscreto. Si no me ha dicho su nombre cuando yo le he dado mi tarjeta, debo suponer que es porque desea conservar el incógnito. En cuanto a lo otro, considero que no tengo derecho a penetrar en sus asuntos, a menos que usted me autorice. Y si le pregunto, corro el riesgo de que no me diga la verdad.

—Tiene razón. No solamente es usted un hombre valeroso, sino inteligente también.

Entonces fue la joven desconocida quien miró de manera franca a Matews, contemplando con agrado su rostro de expresión serena y

franca, y facciones agradables; y su cuerpo joven, bien constituido y que pese a su esbeltez, denotaba una agilidad y una fuerza poco comunes.

—Gracias —murmuró el joven inclinándose levemente.

—Soy yo quien le debe repetir las gracias —respondió la desconocida, tendiéndole su mano diminuta y fina, que Matews estrechó—. Y se las doy, no solamente por lo que ha hecho, sino por la discreción que ha mostrado. Adiós.

—Adiós, señorita.

Se quedó Dick Matews como abstraído, contemplando la fina silueta de la mujer, su andar gracioso y sus ademanes vivos, sintiendo que algo conmovía profundamente sus fibras sensibles al encanto femenino.

—¡Un verdadero encanto! ¿La volveré a encontrar? No lo creo probable. Sin embargo, yo conozco esa cara, estoy seguro de haberla visto en alguna parte. Me ha dicho que es inglesa, inglesa... Pero ¿será verdad?

Después de un leve encogimiento de hombros, se respondió:

—¿Y por qué no? No tenía necesidad alguna de decirme una mentira. Sea de donde sea, es un encanto y hubiera sido una lástima que aquellos tres facinerosos le hubiesen hecho daño. Pero ¿por qué aquello? Necesariamente tiene que haber un misterio...

Aceleró Dick Matews el paso, deshaciendo el camino que había recorrido con la joven para volver al lugar en que se hallaba cuando había escuchado el ruido de sus pasos.

Desde semejante punto de observación dirigió la vista a la residencia de Peter Marcus, el poderoso financiero de origen griego. Y pudo darse cuenta que las ventanas de la residencia, en su mayoría, así como la entrada y el jardín, estaban iluminados.

Pudo apreciar también el ir y venir de gente en el interior del palacio, ya que se trataba de un verdadero palacio.

—Temo que no podré hacer la visita. Parece que eso está muy alterado. ¿Saldría ella de ahí y por eso la perseguían?

Su rostro mostró cierto disgusto.

—¡Tendría gracia que hubiese auxiliado a un enemigo y, si no a un enemigo, a una persona que ha imposibilitado mi trabajo de esta noche!

Convencido de que no podría actuar aquella noche, se alejó

lentamente, dirigiéndose al local donde, bajo la apariencia de una casa de exportación e importación, que, realmente llevaba un negocio para cubrir el expediente, tenían su refugio los agentes del servicio secreto norteamericano.

Le recibió uno de sus compañeros quien, a guisa de saludo, le dijo:

—El jefe te espera. Supone que vendrás descansado.

—Y supone bien.

Estaba de mal humor Dick Matews porque no había podido realizar el trabajo que se le había asignado para aquella noche y deseaba sacarse la espina. Tenía la convicción de que, cualquier compañero que le mirase, podría adivinar su fracaso en la expresión de su rostro.

Y le atormentaba también un poco la posibilidad de que no vería nunca más a la joven desconocida.

Penetró Dick en el pequeño departamento donde se hallaba el capitán Tracy, jefe del grupo destacado en Túnez.

—¿Cómo ha ido eso, teniente Matews?

—Imposible, señor. Parecía que todo estaba tranquilo, pero ha surgido una joven de las tinieblas y...

Matews relató lo sucedido.

—Temo no haberme comportado demasiado bien, pero consideré que no debía tolerar que hiciesen daño a la joven desconocida.

—Ha obrado usted como debía. La visita a Marcus se puede hacer otro rato. Pero se le podía haber ocurrido seguir a esa joven.

—No me faltaron ganas. Pero debía intentar entrar en casa de Marcus y, por otra parte, estaba seguro de fracasar con ella. Imagino que tenía la seguridad de que la seguiría y que tomó sus precauciones.

—Yo también lo aseguraría —respondió el capitán Tracy—. No tiene importancia. Si sus actividades nos afectan, estoy seguro de que volveremos a dar con ella.

—Eso espero, señor.

—Nuestro agente de información

«T-N.

16» le espera exactamente dentro de veintitrés minutos —informó el capitán Tracy después de consultar su reloj, al tiempo que

Matews consultaba el suyo.

—Estaré allí en el momento preciso, señor.

—Usted ha estado con anterioridad en Túnez, ¿no es eso?

—Sí, señor. Dos años.

—¿Estuvo ya en relaciones con

«T-N.

16»?

—Lo ignoro, señor. Bajo esa cifra no conocí a ningún agente.

—Perfectamente. Va a ser usted el enlace entre

«T-N.

16» y nuestro grupo. Es nuestro mejor informador y hay que tratarlo con sumo tacto. Por tal motiva ha sido elegido usted.

—Gracias, señor.

El capitán Tracy dio a Dick Matews instrucciones, y el joven, oficial partió para la nueva misión que le había sido encomendada.

* * *

Dick Matews hizo con su lámpara eléctrica la señal, según las instrucciones recibidas; y no tuvo que aguardar mucho tiempo para observar que en una ventana del gracioso «chalet» que tenía frente a él, se producían tres destellos a intervalos regulares.

Era la señal de que el camino estaba franco y Dick Matews avanzó decidido, si bien, como corrientemente hacía en semejantes casos, se desenvolvía con extremado sigilo.

La puerta de hierro correspondiente a la verja del jardín, estaba ajustada, según le habían indicado, y no tuvo más que empujarla para abrir. No se produjo el menor chirrido y aquello lo consideró el agente norteamericano de buen agüero.

Ante la puerta del gracioso edificio, se detuvo y después de girar la vista en torno tratando de descubrir algún espía, algún enemigo, se decidió a llamar, empleando también la contraseña adecuada al caso.

Le respondieron desde dentro y a continuación se abrió la puerta lentamente.

Penetró el joven agente sin ver a nadie y la puerta se cerró a sus espaldas.

Se producía todo de forma un tanto inquietante, hasta el punto

de que Dick no separaba la mano de la culata de su pistola.

Al cerrarse la puerta, en la penumbra en que se hallaban, divisó una silueta femenina y un agradable y delicado perfume pareció envolverle.

La mujer, le pareció joven, echó a andar delante sin apenas mirarlo, al tiempo que decía:

—Sígame...

Se estremeció Dick Matews al oír el timbre de voz que le había hablado, timbre de voz en otro tiempo familiar.

Intentó hablar, pero sintió que el cañón de un arma se le apoyaba de forma harto enérgica en la espalda. Y otra voz, esta bronca, masculina, ordenó:

—¡Obedezca! ¡Sígala! Y no piense en las casualidades: nada suceda por casualidad, al menos, aquí. Todo ha sido cuidadosamente ordenado. Los movimientos de cada cual responden a lo que ordena un cerebro privilegiado.

En la voz bronca del individuo se podía percibir un matiz burlón y amenazador a la vez, que hubiese asustado a otro que no hubiera tenido la indomable energía y el valor de Dick Matews.

El joven agente no respondió y siguió adelante, contemplando como fascinado la airosa silueta femenina que marchaba delante de él, sin volver la cabeza.

Le hubiese agradado saber a Matews en aquel momento si ella había contribuido a tender la trampa o si era una víctima más.

La mujer comenzó a subir una amplia escalera que conducía al primer piso. Se recogió, para subir, la falda de la amplia bata de fina seda que modelaba su maravillosa figura. Al recogerse la falda quedaron, al descubierto sus babuchas rojas y sus finos tobillos.

—Está muy hermosa, más hermosa aún que entonces —dijo la misma voz bronca, empleando un tono burlón e incisivo que molestó extraordinariamente a Dick Matews, que no podía adivinar a quién correspondía semejante voz.

Le hubiese agradado saber también al joven agente norteamericano, a quién correspondía aquella voz masculina y si el hombre estaba solo con la mujer o si le acompañarían otros individuos de su calaña.

Pero por el momento no pudo saber nada de lo que le interesaba.

La mujer había llegado al rellano que formaba la escalera en el primer piso, y sin decir palabra, había penetrado en una pieza que se hallaba iluminada de forma tenue, con luces indirectas, pero que permitía ya que se pudiesen apreciar las facciones de cada rostro.

Dick Matews, obligado por la presión del arma que sentía cada vez más amenazadora a la altura de sus riñones, penetró en la estancia, siguiendo a la mujer.

Advirtió inmediatamente que se hallaban en la alcoba de ella, lujosamente puesta y en la cual se respiraba el mismo perfume delicado, sutil, que emanaba de su dueña.

Ésta, una vez en la alcoba, se volvió reposadamente y presentó sus facciones al agente norteamericano.

—No te has engañado, Dick. Soy yo. Los años van dejando sus huellas en mí, pero soy la misma.

No respondió Dick, cuyos sentidos se hallaban en tensión, aguardando que llegase su momento para actuar. Le bastaría la menor oportunidad para ello, aunque esa oportunidad no durase más de un par de décimas de segundo.

Y fue el dueño de la pistola el que respondió con su voz bronca y su entonación incisiva.

—Gracias huellas las que el tiempo va dejando en ti, Ilona. ¿Verdad, Dick, que está mucho más atractiva, más linda que entonces? ¡Fíjate bien en su rostro suave, en sus ojos aterciopelados, en las líneas juveniles y elásticas de su cuerpo!

Pero Dick, fijo en su idea, se sustrajo a aquella palabrería y al indudable encanto de la mujer.

—Dick no te hace caso, Ilona. Está pensando en lo forma de revolverse en contra mía. Aconséjale que no lo haga.

Era la misma voz incisiva que parecía adelantarse a los pensamientos de los demás.

Ilona Marwin no hizo caso y se dirigió a Dick hablándole en tono emocionado:

—No he tenido nada que ver con esta trampa que se te ha tendido, Dick; mejor dicho, que se nos ha tendido a los dos. Se trata de las reservas de petróleo, del sucio petróleo, del sur de Argelia, en el Sahara. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente, Ilona —respondió Dick reposadamente.

—Hay quien no se detendrá ante nada con tal de controlar esa y

otras fuentes productoras de petróleo, porque quisiera tener al mundo en sus manos y cree que ése puede ser un buen medio. Así, cerrando la espita del suministro cuando a él le interese, verá arrodillarse a sus pies a los poderes de la tierra... ¿Me entiendes?

—Te entiendo —respondió Dick, atendiendo menos a lo que le decía su aliada, que a lo que eran sus intenciones.

Ilona le informaba, pero al mismo tiempo daba la sensación de que trataba de inquietar al hombre de la pistola para ofrecer a Dick unas posibilidades de acción.

—Vamos, Ilona, dile a Dick dónde se hallan esos preciosos papeles que ha venido a buscar. Comprendo que no me lo hayas querido decir a mí, puesto que me consideras tu enemigo. Pero Dick es tu amigo, le has amado tiernamente en otro tiempo, tal vez le amas aún. Además, es el comisionado por nuestro común amigo Tracy, para recogerlos. Es como si Tracy se hubiese olido la tostada y no hubiese querido venir a recogerlos personalmente —dijo el hombre de la voz bronca.

La mujer daba la sensación de no haber perdido la serenidad y respondió en tono natural, aunque Dick advirtió en ella un fondo de inquietud:

—Ya te he dicho que no hay papeles. ¿Crees que los documentos de Estado están a mi disposición? —preguntó Ilona.

—Tú puedes mucho, amiga mía. Tus encantos femeninos lo arrollan todo, derriban barreras, abren puertas, corrompen conciencias... ¡Vamos, se buenecita y habla antes de que pierda la paciencia! Sería mala cosa para tu futuro que se produjese un escándalo en tu casa, que apareciese muerto en ella tu antiguo amor... Sidi-el-Zahur actuaría enérgicamente, tú ya le conoces, y nada ni nadie te podría librar entonces.

Pasó una ráfaga de miedo por los ojos de Ilona, no obstante lo cual, se mantuvo silenciosa, por lo que el hombre volvió a apremiar:

—¡Vamos, Ilona, responde!

—¿Qué quieres? ¿Qué le de el informe verbal delante de ti? Ten en cuenta, Jack Power...

El hombre designado con el nombre de Jack Power no dejó terminar a Ilona, interrumpiéndole con un grito que tenía bastante de salvaje:

—¡Silencio, imprudente! ¡Silencio o!...

Al gritar su advertencia a Ilona, se desvió ligeramente, separando al propio tiempo el cañón de la pistola de los riñones de Dick; y éste aprovechó para saltar con la agilidad de un gato hacia la parte contraria, dando una voltereta rápida sobre sí mismo para evitar los disparos que se pudiesen producir.

—¡Cuidado!

La advertencia partió de Ilona, la cual señaló a espaldas de Dick. Éste, que alcanzaba ya su pistola, advirtió tarde el peligro. Percibió un duro golpe en la parte lateral del cuello, debajo de la oreja, aplicado con el canto de una mano y que le produjo un dolor vivísimo primero y aturdimiento después, derribándolo de bruces.

Al recibir el golpe, la pistola se le fue de las manos.

Intentó levantarse Dick y revolverse contra el nuevo enemigo, pero recibió otro golpe casi en el mismo lugar que el primero y quedó fuera de combate.

En su última impresión visual, vio a Ilona que, rígida, contemplaba la escena reflejando su rostro mudo espanto. Y vio también la silueta del hombre que le había atacado en el momento de descargar el golpe que le dejara fuera de combate.

CAPÍTULO II

Dick Matews sintió que le salpicaban el rostro con agua muy fresca y aunque le pesaban terriblemente los párpados, intentó abrir los ojos.

Sentía náuseas y un dolor sordo, bastante fuerte, en el cuello, recordando entonces al hombre que le había golpeado.

Recordó también el agente norteamericano el gesto de horror de Ilona en el momento en que él caía sin sentido.

Una voz femenina apremió:

—¡Vamos, levántese, por favor! ¡No tenemos tiempo que perder!

No era la voz de Ilona Marwin, sino la de la bella desconocida a la que había salvado de sus perseguidores ante la mansión de Peter Marcus, la que apremiaba, sirviéndole de acicate.

—¡Por favor, señor Matews! ¡La policía no puede tardar en llegar y si le cogen aquí, está usted irremisiblemente perdido! ¡Yo me marchó, no aguardo un instante más!

Trataba de levantarlo al mismo tiempo que le animaba a huir.

La claridad se hizo casi repentinamente en el cerebro del joven norteamericano, quien logró abrir los ojos.

La advertencia de que la policía estaba al llegar, obró en él efectos insospechados y al abrir los ojos y ver lo que le rodeaba, el aturdimiento se le pasó instantáneamente, sintiendo una oleada de calor en todo el cuerpo.

Saltó como impulsado por un resorte, sucediendo al calor la reacción contraria, mientras sus ojos quedaron fijos en el cuerpo de Ilona Marwin, que yacía en tierra, mostrando dos heridas en el pecho, a la altura del corazón.

—¿Está muerta? —preguntó innecesariamente.

—Sí, está muerta. Temo que le han querido jugar a usted una

broma pesada. No he podido hacer nada por ella. Cuando he llegado se encontraba aún caliente y esa pistola estaba caliente también, habiendo sido disparada hacía, muy poco.

La joven señaló aprensivamente hacia la pistola que se hallaba en el suelo.

—A no haberle visto a usted fuera de combate, hubiese pensado que era usted el asesino. ¿Es suya la pistola?

Dick Matews había reconocido el arma inmediatamente, recordando que se le había escapado de la mano en el momento mismo en que se disponía a emplearla.

Y se agachó de forma un tanto mecánica a recogerla.

—Sí, es mía.

—Pues seguramente la han matado con ella. Imagine ahora lo que eso puede significar. ¡Estamos sobre un volcán a punto de estallar! ¡Le dejo ahí, señor Matews!

Por la ventana de la alcoba penetró una luz movible. No se podría achacar a otra cosa que a los faros de un automóvil y la linda desconocida se lo hizo ver al norteamericano, añadiendo:

—¡Es la policía, no le quepa la menor duda! ¡Apenas si tenemos unos segundos para huir antes de que rodeen la casa!

Echó a andar, sin aguardar al joven.

Comprendió Matews que la linda desconocida tenía razón y la siguió maquinalmente, sin darse cuenta exacta de lo que hacía.

Advirtió ella que el norteamericano no se había repuesto aún de los golpes sufridos y lo tomó de la mano, tirando de él, obligándolo a bajar a la carrera.

Una vez en el *hall*, advirtieron que los automóviles, pues llegaba más de uno, se detenían ante la puerta de la verja.

—¡Venga por aquí!

Tiró la joven de Matews, llevándolo hacia la parte trasera de la casa. Atravesaron un amplio comedor primero y la cocina después.

Matews se sintió empujado a un patinillo de reducidas dimensiones y al recibir en el rostro el aire fresco, se sintió mejor.

La desconocida parecía moverse en terreno propio. Vio el norteamericano que descorría hábilmente el cerrojo que mantenía la puerta del patinillo cerrada y que levantaba un pestillo.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! No tardará en estar rodeada la casa.

Salieron y la joven cerró de golpe, aunque sin hacer ruido, asegurándose a continuación si la puerta quedaba bien cerrada por el pestillo.

Fue ella la que dirigió también la huida, aunque ya Matews iba coordinando ideas y se daba cuenta del lugar en que se hallaba.

Y antes de desaparecer de la vista del «chalet» donde se había producido la tragedia, pudieron advertir que éste era rodeado por fuerzas de la policía.

—¿Ve lo que yo le decía? Medio minuto más y hubiésemos quedado cogidos los dos en la trampa que le han tendido.

Continuaron caminando rápidamente durante más de quince minutos, al cabo de los cuales se detuvo la joven.

—Imagino que estamos ya fuera de peligro.

—Eso creo —respondió Matews—. Ahora soy yo quien debe darle a usted las gracias.

—No tiene por qué darlas —respondió la joven gravemente—. Estaba en deuda con usted y he hecho lo que debía.

La joven y Dick se habían detenido en un lugar donde, aunque no demasiada, había cierta iluminación; y ella examinó a Dick detenidamente, con ojo crítico, diciendo al cabo:

—Si se arregla usted un poco el pelo, no presenta señales de violencia; puede marchar por ahí sin llamar la atención.

—¿Quiere decir que nos vamos a separar aquí?

—Exactamente.

—¿Y ni siquiera me dirá a qué debo el que me haya salvado usted? Porque no puedo imaginar que me haya seguido usted desde entonces, acechando el momento de devolver favor por favor.

Las últimas palabras fueron dichas en tono de broma y la desconocida le correspondió al responder:

—Puede usted estar seguro de que no le he seguido. Fue el azar quien volvió a reunimos. Le vi entrar a usted en el «chalet» de la señorita Marwin, me llamó la atención, ese deslizarse suyo tan hábil y sentí curiosidad. Me quedé aguardando a ver en qué quedaba todo.

—De la forma en que usted ha hablado de la señorita Marwin, da la sensación de que la conocía.

—Sí, la conocía. Era una buena cliente de la casa donde presto mis servicios.

—¿Modista? —interrogó interesado Matews.

—¿Qué más da? —respondió la desconocida—. No debe ser curioso. Le daría mi nombre y el lugar donde trabajo sin inconveniente alguno, pero...

Calló la joven, dejando en el aire los motivos que tenía para permanecer encerrada en su incógnito.

—Pero ¿qué...? —interrogó él.

—Quiero cerrar el paso a la tentación. Ustedes los hombres tienen un sentido muy particular de las cosas. Me dijo que yo le agradaba...

—Y es cierto.

—Y no quiero verlo aguardándome. Y menos, después que ella ha muerto de esa forma...

La joven desconocida hizo un movimiento con la cabeza, aludiendo claramente en dirección a la zona donde se hallaba enclavado el «chalet» de Ilona Marwin.

—¿Qué piensa? —interrogó Matews, un tanto molesto.

—No debo ser indiscreta, señor Matews. Conozco algo de la vida de Ilona Marwin y, ¿qué pensaría usted de un joven atractivo que a ciertas horas da la noche, entrase en casa de ella deslizándose de forma un tanto furtiva?

Matews se sintió confundido. No podía revelar a la joven lo que en realidad le había llevado a la casa de Ilona.

De improviso, se le ocurrió preguntar:

—¿Qué le hizo pensar que había sucedido dentro algo anormal? ¿Cómo se le ocurrió subir?

—Vi salir apresuradamente a cinco hombres de la casa. Se advertía claramente en ellos qué habían cometido una fechoría.

—Se ha movido usted dentro de la casa con bastante facilidad.

—He estado algunas veces en ella. Ya le he dicho que Ilona Marwin era cliente de la casa en que presto mis servicios. No debe preguntarme más, señor Matews; perdería la buena opinión que formé en nuestro primer encuentro sobre su discreción.

Matews se sintió no solamente vencido por los desconocidos, sino un tanto humillado ante su joven salvadora, puesto que ella lo había salvado realmente de un verdadero desastre.

Vinieron a la memoria del agente norteamericano las palabras que había dicho el hombre de la voz bronca sobre Sidi-el-Zahur y su

reacción si se llegaba a producir un escándalo en casa de Ilona.

Y lamentó más que nunca no poder explicarse con la joven, la cual le interesaba extraordinariamente en todos los sentidos.

Pero expuso seriamente antes de separarse de ella:

—Le aseguro que nada de tipo amoroso nos ligaba a la señorita Marwin y a mí. Ella ha muerto; hagámosle ese honor.

—Le daré crédito. Además, no soy quién para inmiscuirme en los asuntos personales ni de ella, ni de usted. Y ahora, señor Matews, debemos separarnos. Le deseo mucha suerte.

Se separó la desconocida después de estrechar la mano del agente norteamericano, cosa que éste realizó de forma un tanto maquinal.

Había andado ella ya unos pasos, cuando se volvió, reuniéndose otra vez con el joven a tiempo que sacaba una cartulina de su bolso.

—Con las emociones vividas y la precipitación, se me había olvidado darle una cosa. Pertenecía a Ilona Marwin, pero no creo que nadie tenga más derecho que usted a guardarla.

Y la desconocida depositó en manos del atónito joven una fotografía que él reconoció inmediatamente, pues representaba al Dick Matews de hacía unos cinco años.

—Se la vi en cierta ocasión, no hace muchos días.

Y hoy me acordé de ella cuando llegué y le vi allí tendido. Recordaba dónde la había guardado y pensé que le haría un servicio si no la veían allí. ¡Hasta nunca, señor Matews! ¡Vuelvo a desearle suerte!

—Tengo que repetirle las gracias. Está usted en todo. También yo le deseo suerte, mucha suerte...

Pero la desconocida había echado a andar ya, alejándose con su paso vivo y sus movimientos armoniosos. Antes de desaparecer, se volvió para sonreír al sorprendido Dick Matews quien, de forma maquinal, guardó en su cartera la fotografía que ella le había entregado.

Recordaba perfectamente Matews en que ocasión había dado tal fotografía, con una apasionada dedicatoria, a Ilona Marwin, hacía ya más de cinco años, allá en Nueva York...

—Entonces conservaba yo aún bastantes ilusiones.

Sonrió con amarga expresión y echó a andar en dirección al local donde el capitán Tracy le estaría aguardando con impaciencia.

Le dolía tener que presentarse fracasado por segunda vez en aquella noche, aunque ignoraba la importancia que podía tener su fracaso.

La sorpresa, mejor aún, las sorpresas habían sido tales, que no se le había ocurrido seguir a la joven desconocida.

—Temo que el capitán Tracy me lo va a reprochar después de este nuevo fracasado. Pero hubiese sido absurdo seguirla. Ella iba sobre aviso y se habría dado cuenta inmediatamente. Además, tenemos datos para poder localizarla. El capitán Tracy debe conocer bastante sobre la vida de Ilona Marwin y bastará buscar entre las casas que la proveían: ¿ropas, perfumes, joyas...? No creo que sea demasiado difícil hallarla en el caso de que nos interese.

Pensó entonces el joven, que se iba sintiendo más centrado, en los detalles de lo sucedido. Y unas palabras del desconocido de la voz bronca le hicieron meditar:

«—Nada sucede por casualidad. Todo ha sido cuidadosamente ordenado. Los movimientos de cada cual obedecen a un cerebro privilegiado...». ¿A qué se refería? ¿A que me habían enviado precisamente a mí para que cayese en la trampa que se me había tendido?

Las deducciones que hizo inmediatamente después lo colocaron en la disyuntiva de llegar a dudar incluso de la fidelidad del capitán Tracy. Pero finalmente, cuando se hallaba ya cerca del local que les servía de centro, decidió:

—No. Debo tener absoluta confianza en él. Si me equivoco, mala suerte, no será mía la culpa. Es mi jefe y por tanto debe ser mi apoyo fundamental.

* * *

Dick Matews explicó al capitán Tracy cómo se había producido el fracaso y la intervención que había tenido la desconocida para que no cayese en manos de la policía tunecina, que era lo que indudablemente habían buscado sus enemigos.

—Han querido cargar sobre mis costillas una acusación de asesinato. Mi desconocida amiga me aseguró que, cuando ella llegó, mi pistola estaba aún caliente y yo he comprobado luego que se habían hecho dos disparos con ella. «

T-N.

16» había sido alcanzada por dos disparos.

—Sí, no hay duda que han intentado hacerle pasar por asesino. Pero ¿por qué?

—Tal vez no fuese difícil saberlo, si fuésemos subiendo hasta conocer de quién ha partido la idea de que fuese yo el enlace de Ilona Marwin. Precisamente yo.

—Ya lo he pensado. Pero este tipo de investigación entre los que mandan más que nosotros, tropieza casi siempre. Además, nos llevaría hasta cualquier persona inocente que había sido imbuido de tal idea por alguien más astuto que él.

—Comprendo...

—Es algo que debemos resolver nosotras teniente Matews; para eso estamos aquí.

—Sí, señor. Estoy dispuesto a lo que sea.

—Tal vez sería mejor que descansase y cuando estuviese bien, que charlásemos un rato y estudiásemos cuidadosamente el asunto.

—Estoy perfectamente, señor. Pasó ya el aturdimiento producido por los golpes y luego han caído sobre mí demasiadas sorpresas para no despertarme por completo.

—Como quiera. Comencemos, pues. Dejemos de lado por el momento a esa linda desconocida, en la casualidad de cuyas acciones no creemos usted ni yo, ¿no es eso?

—En absoluto.

—Usted me dijo que no conocía a

«T-N.

16».

—Ignoraba que

«T-N.

16» fuese Ilona Marwin. Es más, desconocía que estuviese en Túnez. Fuimos novios, estuvimos a punto de casarnos, pero nuestra riña fue algo borrascoso y se produjo hace ya casi cinco años. No había querido volver a saber nada de ella.

—Entonces fue una auténtica sorpresa verse ante ella, ¿no es así?

—Completa.

—Si no es necesario, no penetraremos en interioridades. Ella nos ha servido lealmente desde hace tiempo. Se ha podido comprobar.

Eso lo debe saber el enemigo y por semejante motivo no ha vacilado en suprimirla.

—Es más que seguro.

—Ella, como si presintiera quién podía ser realmente la víctima, señaló el petróleo como el verdadero motivo de esta intriga.

—Así es, señor.

—Fue su último servicio y no crea, teniente, que ha sido flojo. He pensado en más de una ocasión cuál era todo el motivo de esta intriga a la cual estamos asistiendo.

—¿Y ha dado ya con él?

—Se puede decir que

«T-N.

16» nos lo ha dado hecho. Muchas veces he pensado qué era lo que podía interesar de Túnez para que se intentase el golpe de Estado. Y no es Túnez precisamente el que interesa.

—Es Argelia, ¿no es eso? Ahora comienzo a comprenderlo también yo.

—Sí, es Argelia. Un cambio de dirección política en Túnez haría variar fundamentalmente el desarrollo de los acontecimientos en Argelia. Quien lograra semejante cosa se habría ganado el agradecimiento de los que dominasen en Argelia, los cuales le quedarían obligados.

—Así es.

—Y habrían de cederle la explotación de las concesiones petrolíferas. Ése es el precio de todo esto, sin contar con otras pequeñeces como son los suministros de armas y equipos, que no dejan un rendimiento pequeño, por cierto.

Dick Matews cerró los puños, tal como si tuviese entre ellos el cuello del culpable, y dijo:

—Me agradaría echarle las zarpas al cuello a ese «cerebro privilegiado» que todo lo ordena y que por servir a sus insaciables intereses personales, juega así con la vida de los hombres.

—Y a mí también me agradaría, teniente. Y se llegará a ello si conservamos la calma, sabemos encajar estos golpes y devolverlos a su debido tiempo.

—No es difícil llegar a él —dijo Dick Matews.

—Ni fácil tampoco. Si es quien imaginamos ambos, necesitaremos pruebas concluyentes para poder desenmascararlo.

No podemos olvidar que tiene muy buenas amistades, que está relacionado en todos sitios. Es hombre que conoce el valor del dinero y lo sabe sembrar a tiempo.

—¡Lo desenmascararemos! —afirmó Matews, decidido.

—Confío en ello...

—¡Si es preciso, me ofreceré como cebo! —continuó diciendo Matews—. El desconocido de la voz ronca confiaba demasiado en que yo cayese y ha hablado bastante. No logré verle el rostro, pero tengo la convicción de que lo conozco y me conoce de antaño. Conocía bien a

«T-N.

16» y, seguramente, ella a él.

—¿Qué hay detrás de todo esto? Me refiero a sus amores con Ilona Marwin y a los motivos de su ruptura. El hecho de que ella conservara su fotografía, quiere decir que continuaba queriéndole...

—No existió motivo alguno para que dejase de quererme. No pude penetrar nunca en el motivo real de su ruptura conmigo. Hubo algo extraño, tal vez lo decidió alguien. Ella era una muchacha honesta y se salió de semejante vida. Comenzó a hacer una vida de ostentación, de lujo... Si ella no hubiese muerto, ahora hubiese llegado a saber cosas. Así camino a ciegas, pero llegaré a la meta.

—Llegaremos a la meta, teniente. No olvide que no está solo en esta cuestión y que tampoco se puede hacer de ello una cosa de tipo personal —dijo el capitán Tracy suavemente, pero con firmeza.

—Sí, señor. Procuraré no olvidarlo.

—No lo olvidará en absoluto, teniente. El servicio está por encima de nuestros sentimientos personales. Si no está seguro de poder contenerse, debe decírmelo francamente y pediré su traslado a otro punto.

—No será necesario, señor.

—Confío en ello.

Después de un corto silencio, en que los dos hombres se observaron, dijo el capitán Tracy:

—Ha sido una verdadera lástima que no haya podido penetrar en casa de Peter Marcus. «

T-N.

16», en uno de sus últimos informes, me aseguraba que el hombre había logrado los planos correspondientes a la defensa de todo el

territorio tunecino.

—¿Por qué no le echamos encima a la policía?

—¿Y quién nos dice que no tiene informadores que paren el golpe o, por lo menos, que le informen con tiempo suficiente? ¡Si pudiésemos ofrecer una prueba irrefutable, entonces se realizaría la operación por conducto oficial! Pero de esta forma, nos encontramos atados de pies y manos.

—¿Qué era lo que Ilona me debía entregar?

—La prueba que necesitábamos contra Peter Marcus. Fotocopias de correspondencia cruzada entre los encargados de dar el golpe de Estado en Túnez y sus corresponsales en Argelia. Parece que en ella había alusiones claras a Peter Marcus, que difícilmente se hubiese podido librar de una investigación a fondo, sin que le hubiesen valido sus influencias.

Dick Matews se apresuró a informar:

—No sé cómo se produjeron las cosas con anterioridad a mi llegada a casa de Ilona; pero según lo que pude deducir por lo que le dijo el hombre de la voz bronca, no habían logrado sacarle las fotocopias. Por más que él habló de «papeles» y ella aludió a documentos de Estado.

El capitán Tracy sonrió con cierta cómica suficiencia y respondió:

—Eran gatos viejos y estaban trabando de engañarse el uno al otro. El uno, para tratar de sacar más; la otra, para, cerciorarse de si el otro sabía por dónde se andaba o estaba dando palos de ciego.

—¿Y usted qué cree?

—Que cada uno sabía exactamente lo que pretendía, ni más ni menos.

—Eso quiere decir que alguien espiaba a Ilona e informaba a los otros con toda exactitud.

El capitán Tracy se pasó la mano por el rostro, como deseando con aquel movimiento poder aclarar sus ideas.

—Aún existen demasiadas cosas confusas. Está claro que nuestros enemigos conocían bastante bien los movimientos de Ilona, así como su vida particular. Y como les molestaba, usted ha venido aquí simplemente para que apareciese como el asesino de ella y su muerte no se relacionase en absoluto con actividades de espionaje. Si le hubiesen cogido allí, hubiese quedado como una venganza de

tipo amoroso.

Dick Matews experimentó un vivo sentimiento de inferioridad al adquirir el convencimiento de que el capitán Tracy tenía razón, de que habían querido manejarle como a un pelele y que se había librado de semejante vergüenza gracias a la providencial ayuda de la desconocida.



Eran gatos viejos y trataban de engañarle...

—Sí, todo ha sido tramado por el «cerebro privilegiado». Supongo que ese privilegiado cerebro es el de Peter Marcus, el hombre que ha tenido el cinismo de reconocer que «en determinadas épocas de su vida, no todos los procedimientos empleados para ganar dinero han sido lícitos».

—Sí. Con eso trata de engañar a la gente, haciendo creer que son genialidades y que toda su vida es pulcra. Hacen cualquier barrabasada que les vale millones, ofrecen luego unos miles para cualquier obra benéfica y se consideran a cubierto de todo, puesto que lo que se deja ver es su fama de filántropos...

Comprendió Matews que el capitán Tracy daba por terminada la conversación y preguntó a tiempo que se ponía en pie:

—¿Entonces, capitán?

—Vaya a descansar y mañana recibirá órdenes.

—Tengo la convicción, capitán, de que lo que yo iba a recoger debe estar en casa de Ilona. Lo debía tener bien escondido y no creo que nuestros enemigos hayan tenido ocasión de llevárselo, ni la policía de encontrarlo.

—Es posible que sea como usted dice. De todas formas, como no podemos exponernos a un fracaso, a que uno de nosotros caiga estúpidamente en manos de la policía, deberemos aguardar determinados informes para actuar. En cuanto a la joven desconocida, trataremos de localizarla y conocer cuál es su verdadera actuación en este asunto.

—He pensado que puede ser una competidora, pero no una enemiga. De lo contrario, no me hubiese salvado.

—No se fíe de eso. Las mujeres tienen reacciones muy particulares y por eso se las emplea cada vez menos en asuntos de espionaje. Naturalmente, hay ocasiones en que no tiene más remedio que ser mujer la persona que lleve determinada misión a cabo y entonces se les da paso. Nuestra desconocida puede ser una enemiga y puede que le haya salvado en agradecimiento a su primera actuación con respecto a ella.

—Puede que sea así —hubo de admitir Matews—. Pero no debemos olvidar que ella huía de gentes que muy bien podían estar al servicio de Marcus.

—Fue una pena que no se comprobase entonces. Ahora es tarde ya. Y hasta que no sepamos más de ella, cuídese si vuelve a

encontrarla. No sería la primera ocasión en que después de salvar a una persona, se dispara contra ella...

CAPÍTULO III

Dick Matews experimentó una gran sensación de alivio cuando al anocheecer del día siguiente lo hizo llamar el capitán Tracy.

—¿Supongo que ha leído la Prensa que le hice entregar?

—Sí, señor.

—Como habrá visto, se ha achacado la muerte de Ilona Marwin a suicidio. Es la verdad oficial y se han cerrado ya las informaciones. Como podrá deducir por todo ello, nuestro amigo Peter Marcus tiene influencia y es capaz de mucho.

—¿Cree que ha sido cosa de él?

—Estoy seguro, aunque él, naturalmente, no ha aparecido en nada.

—¿Y Sidi-el-Zahur? —interrogó Dick Matews.

—No se ha movido para nada. El inmueble estaba a nombre de Ilona. Y seguramente el hombre prefiere perder a ver su nombre comprometido en una aventura de ese tipo.

—No está mal —comentó Dick—. En ese caso podría instituirme yo en su heredero.

El capitán Tracy siguió la broma de su subordinado:

—Desconozco las leyes de este país en semejante sentido, pero dudo que le reconozcan el derecho a la herencia. Imagino que considerarán suficiente para usted con que se haya visto libre de la acusación de asesinato. Ha sido un reconocimiento de su fracaso por parte de Peter Marcus.

—Se ve que es un hombre dúctil.

—Sí. Ha corrido a taponar rápidamente la brocha abierta por la torpeza de sus hombres. ¿Quién pudo avisar a la policía? No es posible que fuesen ellos aunque lo tuviesen previsto.

—No lo sé. Si no han sido ellos, tendría que pensar en la

desconocida. ¿Se ha logrado algo sobre ella?

—No; a pesar de que se han visitado las casas de los proveedores conocidos de Ilona, no se ha encontrado a nadie que respondiese a las señas de esa joven. Habrá de encargarse usted personalmente de ello, Matews. Aquí tiene la lista de las casas.

—Gracias, señor. Es una tarea grata para mí; pero preferiría encargarme de otra menos grata, aun sin abandonar ésta, puesto que las horas de una y otra tarea son perfectamente compatibles.

—¿Se refiere a una nueva visita a la casa de Ilona?

—Sí, señor.

—Han retirado de allí a la policía. Pero prefiero conocer, lo que pasa antes de arriesgar a nadie. Ya recibirá órdenes sobre ese punto.

—Sí, señor.

* * *

Dick Matews no parecía el mismo hombre, embutido en unas ropas que, sin llegar a resultar harapientas, se las advertía bastante rozadas, no demasiado limpias y en las cuales se movía con cierta dificultad por lo estrechas.

Cualquier observador superficial hubiera pensado inmediatamente que «el difunto era menor».

Una gorrilla mugrienta y deshilachada en muchas de sus partes le servía para cubrir la cabeza, saliéndosele fuera de la gorra algunos mechones de pelo rebelde.

Tampoco el rostro lo llevaba demasiado limpio y todo aquello contribuía a desfigurarle de tal forma que el hombre confiaba en no ser reconocido a primera vista si alguien le veía.

Al contrario que la primera noche, cuando debía haber establecido contacto con

«T-N.

16», en lugar de acercarse al chalet en que Ilona había residido, por la puerta principal, buscó la puerta, que daba al patinillo, por la que había salido acompañado de la desconocida que le enseñara semejante camino.

Traía preparada una ganzúa con la que levantó el pestillo, pero la puerta no cedió.

—Debí haber imaginado que han debido dejar echado el cerrojo.

Midió la tapia con la vista.

Pero le resultó demasiado alta aun para su aventajada estatura y estaba defendida además por cortantes trozos de cristal sujetos al yeso, encajados en él.

—He ahí algo con lo que no había contado. La altura hubiese sido lo de menos...

Llegó a un ángulo, donde terminaba la tapia, y vio que en aquel punto estaba casi limpia de cristales.

—Podría intentarlo por aquí. Tal vez con la ayuda de unas piedras, podría llegar...

Recorrió el suelo con la vista, pero no le fue fácil hallar lo que deseaba. Al fin encontró unos ladrillos rotos, cerca de una casa en construcción, a menos de cien metros de allí.

Colocó unos sobre otros y advirtió con satisfacción que llegaba, aunque empinándose mucho, a lo alto de la tapia.

Y entonces, con otro trozo de ladrillo, machacó los vidrios que le molestaban, procurando evitar el ruido en lo posible.

Una vez realizado el trabajo, permaneció unos minutos pegado a la tapia, observando por si se producía algún movimiento sospechoso. Al fin, convencido de que nadie le había visto, escaló el muro y descendió luego de un salto al patinillo.

Solamente entonces recordó que la primera noche tampoco vio a nadie y, sin embargo, le aguardaban dentro cinco enemigos y le había visto la linda desconocida.

—¿Dónde estará ella ahora?

Apartó de su mente semejante pensamiento para concentrarse en lo que estaba realizando. Empujó la puerta de la cocina; pero, tal como había imaginado, estaba cerrada.

Volvió a actuar con la ganzúa, pues la cerradura de semejante puerta era bastante simple. Y cuando llevaba escasamente un par de minutos trabajando con ella, percibió la satisfacción de advertir que lograba su objetivo.

Una vez dentro, volvió a cerrar cuidadosamente.

No quería encender luz alguna y, concentrándose, procuró orientarse a oscuras, recordando los lugares por las que se había efectuado la huida con la joven desconocida.

Mientras trataba de orientarse, su vista se fue habituando a la oscuridad que le rodeaba e inició la marcha con las manos por

delante, por si tropezaba, manteniendo en tensión sus sentidos, dispuesto a percibir el menor detalle sospechoso, a actuar rápidamente tan pronto las circunstancias lo requiriesen.

—¿Dónde pueden estar guardadas las fotocopias? Puede uno estar buscando tres meses seguidos y no encontrarlas. ¡Hay tantos lugares apropiados en una casa para guardar una cosa así!

A pesar de semejantes pensamientos expresados a media voz, no se sintió desanimado Dick, el cual, por una súbita inspiración, se dirigió hacia la alcoba de Ilona.

—Es el lugar más apropiado para esconder una cosa semejante. Si se teme el robo de algo, es lógico que sea guardado lo más cerca posible de la persona de uno, en particular en aquellas horas en que son más propicios los robos: la noche.

Al terminar el desarrollo de semejantes ideas, se hallaba ya en el vestíbulo, a escasa distancia de la amplia escalera que conducía al primer piso y que comenzó a subir, no sin sentir cierta aprensión.

Una vez a la entrada de la alcoba donde se había producido la tragedia, se detuvo, permaneciendo inmóvil durante un par de minutos, tratando de captar algo que resultase extraño en la casa: un ruido por leve que fuese, una respiración, un leve crujido.

Tenía la sensación el hombre, una vez arriba, de que era espiado por varios pares de ojos, sensación que le hizo sentirse molesto.

Sintió repentinos deseos de desafiar a quien fuese, pero la misma idea le hizo sonreír, burlándose de sí.

—Controlemos los nervios, sobre todo...

Penetró en la habitación y cerró la ventana para evitar que pudiese salir la luz al exterior.

Recordaba Dick perfectamente que aquella pieza no tenía ninguna otra ventana y la puerta daba al rellano de la escalera.

—Aunque encienda la luz, no se podrá ver desde fuera, y menos aún si corro la cortina.

Llevaba Dick la idea de encender la luz sólo unos instantes para orientarse bien y apagarla seguidamente, recurriendo a su linterna eléctrica una vez hubiese elegido el lugar por donde debería comenzar la busca de las codiciadas fotocopias.

Y se fue acercando a tientas hacia el lugar en que se hallaba el conmutador de la luz.

Para evitar una posible sorpresa, se colocó de espaldas a la

pared, empuñó su pistola en la diestra y alargó la mano izquierda en busca del conmutador. Estaba este situado cerca de la puerta de entrada y a Dick le pareció que la cortina que cubría ésta, se movía ligeramente.

Inició un movimiento para dirigir su pistola hacia la cortina, pero en el mismo instante sintió que le apoyaban de forma brusca, en un costado, el cañón de una pistola.

Hubiera resultado una temeridad disparar, pues el enemigo se hallaba a la parte contraria; y saltó rápidamente hacia adelante a tiempo que escuchaba la orden producida en tono bajo:

—¡Quieto!

Simultáneamente con su salto, se produjo un disparo cuya detonación fue ahogada por el silenciador de que iba provista la pistola.

Se iluminó momentáneamente la habitación con el fognazo del disparo y Dick volvió a saltar para evitar el segundo disparo que no tardó en producirse y cuyo proyectil gruñó siniestramente cerca de sus oídos.

Tuvo ocasión de disparar, pero no lo hizo, temiendo errar el disparo a tiempo que descubría su posición.

Tanto el agente norteamericano como su enemigo, permanecieron inmóviles durante unos momentos que, sin embargo, parecieron horas a aquellos seres cuyas vidas pendían de un hilo.

Dick Matews había logrado recuperar el absoluto dominio de sus nervios después de la sorpresa sufrida e inició un movimiento lento, imperceptible casi. Graduaba su respiración para que no se pudiese percibir, pero tampoco él logró percibir la de su enemigo.

Se sintió un poco desconcertado después de desplazarse casi un metro al no advertir movimiento alguno en su antagonista; y fue el instinto el que le hizo revolverse rápidamente, dándose cuenta entonces de que su enemigo se había movido con tanto sigilo como él mismo y que se le había situado al costado.

Adivinó más que vio el movimiento de la pistola buscándole y volvió a saltar con fuerte impulso.

El choque fue menos duro de lo que imaginaba, pues su antagonista, cogido por sorpresa, ofreció menos resistencia de la que el norteamericano podía imaginar.

Se produjo un sordo gemido, cayendo los dos cuerpos de forma

violenta, desviando Matews la mano armada de su contrario para evitar el disparo, caso de que se produjese.

Y entonces se dio cuenta de que estaba luchando con una mujer, no obstante lo cual, una vez la tuvo dominada, descargó todo el peso de su cuerpo sobre ella para evitar que se le pudiese revolver.

—¡Es mejor que se esté quieta si no quiere que la destroce!

Imaginó el agente norteamericano que su enemigo podía ser la bella desconocida; pero recordó los consejos de Tracy y no quiso confiarse en absoluto.

No respondió la mujer, cuya respiración era jadeante. Sus ojos brillaban en la obscuridad de forma particular y Matews llegó al convencimiento de que se trataba de su desconocida.

Pero la trató como si no se hubiese dado cuenta de ello, puesto que la joven, a pesar de que forzosamente lo tenía que haber reconocido por la voz, no se había identificado.

Se aseguró Matews en un rápido y superficial cacheo de que ella no llevaba ninguna arma más.

La joven le dejó hacer sin protesta alguna y el norteamericano apoyó el cañón de su pistola en un costado de ella, mientras la mantenía sujeta de un brazo.

—Ahora puede levantarse.

La ayudó, sin mostrarse duro con ella, y cuando estuvieron de pie, tiró de ella para volver al lugar donde se había iniciado la lucha.

Alargó Matews la mano hacia el conmutador de la luz, dispuesto a encender, pero ella le cortó su acción, diciendo:

—¡No encienda! ¡Sería una temeridad! ¿Está usted seguro de que la casa no está rodeada? ¿Podría asegurar incluso que no hay nadie más que nosotros en la casa?

—Tiene razón. Aunque creo que, de haber gente en la casa, habría acudido al ruido de la lucha.

—Una gran victoria la suya —fue la respuesta de la desconocida—. ¡Puede estar orgulloso de ella!

—No demasiado. Pero a fin de cuentas, no soy yo quien ha escogido a mi enemigo. De haber podido escoger, no se me hubiese ocurrido pensar en usted.

Lo dijo con tono punzante, para añadir luego seriamente:

—Parece que tenemos los mismos pensamientos. Porque no

intentará hacerme creer ahora que ha sido el azar quien la ha traído aquí.

—Puede soltarme. Estoy desarmada.

—¿Somos enemigos? —interrogó Matews con expresión un tanto humorística.

Había guardado la pistola y, al hacer la pregunta, enfocó a la joven con su linterna de pilas.

—No sea irritante, señor Matews. Ignoro si somos enemigos o no. En este momento parece que sí.

—¿Qué busca aquí?

—Si se lo digo, va a saber tanto como yo.

—No olvide que es usted mi prisionera.

—Haga valer sus derechos si puede. Los dos estamos fuera de la Ley. ¿Por qué no llama a la policía?

—No debe tomarlo a broma —respondió Matews seriamente—. Piense que puedo inutilizarla y continuar mi trabajo.

—Si puede hacerlo y cree que le beneficiará, hágalo.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, jovencita. Sería mejor que nos pusiésemos de acuerdo puesto que tengo la seguridad de que los dos vamos detrás de lo mismo.

—¿Qué le hace creer eso? —preguntó la joven.

—¡Es absurdo que nos perdamos en explicaciones! Debemos aliarnos frente al enemigo común.

—No creo que me convenga. Es usted el más fuerte y se lo querrá llevar todo usted.

—Le aseguro que le facilitaré copias. Debe confiar en mí, como yo confío en usted.

Pareció vacilar la joven, que respondió al fin:

—Sea. ¿No tiene idea de dónde puede estar?

—En absoluto. Me creará usted o no, pero anoche vine aquí por primera vez. Y ni siquiera tenía idea de la persona que iba a encontrar —dijo el agente norteamericano.

—No me inquieta en absoluto esa cuestión, créame. Lo malo es que yo confiaba en usted. Tenía la casi completa seguridad de que vendría.

—¿Y por qué no aguardó pacientemente a que yo lo encontrase?

—Lo hubiese hecho. Pero le dio a usted por encender la luz y me hubiese descubierto irremisiblemente. En el lugar en que estaba no

podía escabullirme sin que usted se diese cuenta.

—¿Quién avisó anoche a la policía? —preguntó Matews, intrigado.

—La avisé yo y luego les advertí a ellos. Quería evitar por todos los medios que pudiesen encontrar lo que buscaban.

—¿Cómo sabía usted que no lo tenían?

—No lo sabía, aunque lo imaginaba. Conocía lo bastante a Ilona para saber que ella no lo entregaría por las buenas...

—¿Era usted una buena amiga de Ilona?...

—Teníamos cierta amistad nada más. La necesaria. Pero no crea que era ella quien me informaba, Ilona era muy cauta.

—¿No pensó, al avisar a la policía, que me podía comprometer seriamente?

—Ignoraba lo que sucedía aquí y pensé que le ayudaba con ello. Por eso enmendé mi yerro rápidamente atendiéndolo a usted y apoderándome de la fotografía, que le podía comprometer...

—Entonces usted no sabe tampoco dónde podemos encontrar lo que buscamos, ¿no es así?

—No tengo idea. Ya le he dicho que Ilona era muy reservada.

Buscaremos cada cual por un sitio. Tengo la convicción de que deben estar dentro de su alcoba.

—Y yo también —respondió la linda desconocida.

—Pensemos un poco... No es cuestión de dar palos de ciego. Es más bien cuestión de sentido común. Voy a encender un instante mi linterna y daremos un repaso con ella. Su luz no puede percibirse desde fuera. Y la vista de los objetos puede sugerirnos alguna idea. La verdad es que anoche no pude darme cuenta de nada.

—Encienda un momento, a ver. De paso, si me lo permite, recogeré mi pistola.

—Puede recogerla. La verdad es que no debiera fiarme demasiado. Antes tiró usted a dar, a pesar de que sabía quién era yo.

—Sí —confesó la joven—. Pero entonces no habíamos pactado aún y era mi enemigo.

Dick Matews comprendió que se debía dar por satisfecho con la explicación, y se dispuso a encender la lámpara, comenzando por soltar a la joven.

Pero no fue necesario que encendiese porque, inopinadamente,

se encendió una de las luces de la habitación. Y al mismo tiempo una voz bronca, bien conocida de Dick Matews, se alzó amenazadora:

—¡No intenten moverse! Están rodeados... Quieta esa mano, Dick Matews. Sé demasiado de tu endemoniada rapidez para permitirte la menor tontería.

—¡Pat Jersey! —exclamó Dick.

—El mismo. Me extrañó bastante que no me reconocieses anoche...

—No llegué a verte.

—Creí que el nombre de Jack Power te había dicho algo. Creí que lo conocías, es mi verdadero nombre.

—No lo conocía...

—Da lo mismo. No vas a tener ocasión de valerte de ese conocimiento. Te has pasado de listo. Anoche pudiste librarte; no podíamos imaginar cómo, aunque tu aliada ha tenido a bien informarnos. Para ella habrá también lo suyo. Levanta las manos lentamente y piensa que lo mismo que cayó Ilona puedes caer tú. Y puede quedar a tu lado la linda Betty Hyder, para que aparezca como tu asesina. A fin de cuentas, ha disparado ya sobre ti.

Un ademán de Jack Power obligó a Dick a que levantase los brazos.

—Levanta también tú las manitas, Betty Hyder. Eres una gatita de cuidado que escapaste anoche de nuestras manos; pero hoy no escaparás. Y es una verdadera lástima, porque eres linda, más que Ilona. Este Dick ha tenido siempre suerte con las mujeres...

La atención de Dick se había centrado sobre otro de los individuos que acompañaban a Jack Power. Era más joven que Jack, de movimientos elásticos y daba la sensación de que estaba deseando que Jack diese la orden de atacar.

Dick reconoció en él al hombre que le había golpeado la noche anterior dejándolo fuera de combate.

Jack Power dio orden de que atasen a Betty Hyder primero y a Dick Matews a continuación.

—Confiaba en vosotros para encontrar esas famosas copias fotográficas, pero parece que habremos de resolverlo nosotros y lo siento, porque además del tiempo que vamos a tener que perder, vamos a destrozarnos unos muebles tan bonitos y, hasta si es necesario,

la casa.

Dick deseó atemorizar a Jack Power y le dijo:

—Aunque encontréis las fotografías, no lograréis nada. Están los negativos y los originales, los cuales no será fácil que podáis destruir.

—En eso estás totalmente equivocado, Dick Matews. Los originales están ya fuera de peligro, y en cuanto a los negativos, no solamente llegaron a nuestro poder, sino que están destruidos. Por esta vez habéis fracasado.

La noticia no resultaba en absoluto halagüeña para Dick, al cual le hubiese importado poco su fracaso personal con tal de que se hubiese triunfado y Peter Marcus, el poco escrupuloso financiero, hubiese sido destruido.

—Si en esta ocasión hemos fracasado, triunfaremos en otra ocasión, no te preocupes. Para nosotros, Peter Marcus está ya desenmascarado. Será cuestión de días, tal vez de meses, pero caerá finalmente. Nadie que camine por la senda de la delincuencia se ve libre de la justicia más pronto o más tarde y Peter Marcus no será una excepción de la regla, ni vosotros tampoco.

Habló Dick Matews con tono profético, que resultaba impresionante, logrando llevar la inquietud al ánimo de los pistoleros.

El hombre que lo había dejado fuera de combate la noche anterior, y que se acercaba a él para cumplir la orden de amarrarlo dada por Jack Power, se enfureció al oírlo, atacándole violentamente con un golpe dado con el canto de la mano en la nariz.

—¡Calla, ave de mal agüero!

El agente norteamericano sintió un dolor agudo, quedando aturdido por unos momentos, que el otro aprovechó para amarrarlo rápidamente.

Betty Hyder no se pudo contener y le escupió el rostro:

—¡Cobarde! ¡Eso no se hace con un hombre indefenso!

Se volvió el hombre, dirigiéndole una mirada que reflejaba la crueldad más exaltada.

—¡Calla, gatita! ¡Calla, no sea que te suceda algo peor a ti!

Terminó el hombre de amarrar a Dick, quien, recobrado de su dolor, dijo con tono burlón:

—¡Buen pugilista! Me agradaría zurrarme contigo, aunque no sé por qué me parece que debes ser cobarde. Cuando un hombre de tu calibre y tu pegada se mueve en un sitio de éstos, es porque le falta corazón para luchar en el *ring*.

—¡Cierra el pico, Matews —aconsejó Jack Power—, no sea que te lo suelte y entonces variarías de opinión con toda seguridad! Sí, ya sé que siempre has sido un gallito, pero a Maxie no serías capaz de resistirle ni un asalto... Vamos, muchachos. Terminad de amarrar a esa gente y vamos a revolverlo todo. Hay que encontrar eso como sea.

Maxie se dirigió a Jack Power, sintiéndose satisfecho del elogio que le había hecho.

—¿Por dónde te parece que empecemos, Jack?

—Comenzad por la cama. Desarmadla si es preciso, que sí lo será. Apartar los colchones y la ropa a un lado y registradlo minuciosamente.

Las gentes que acompañaban a Power demostraron que estaban habituados a practicar trabajos de aquel tipo; y poco después, colchones, ropa y mueble habían sido registrados cuidadosamente, con resultado negativo. El rostro de Jack Power reflejaba la gran contrariedad que sentía, y en cuanto a Maxie, advirtiendo la expresión de burla con que Dick les contemplaba, sintió tentaciones en más de una ocasión de volver a golpearle.

Le contuvo la prisa que parecía tener Jack Power, temeroso de que pudiese aparecer inopinadamente alguna ronda de la policía, o simplemente el verdadero dueño del chalet con algunos sirvientes. Porque Jack Power no ignoraba que aquella casita pertenecía al influyente Sidi-el-Zahur.

Después del lecho le tocó al ropero, a la mesilla de noche, a los cortinajes, el interior de cuyas barras fue cuidadosamente mirado. Pero todo aquello resultó absolutamente inútil.

Jack Power se fue sintiendo cada vez más irritado. A pesar de lo que había oído a Dick Matews y a Betty Hyder, estaba convencido de que ambos conocían el lugar donde las copias fotográficas se hallaban escondidas, si bien fingían ignorarlo.

Dio la orden a sus hombres de que no registrasen más.

—Traed los automóviles, Maxie. Nos vamos a llevar a estos pajaritos. No creo una palabra de que ignoren dónde se halla lo que

buscamos. Son dos cucos que han querido engañarse mutuamente. Y tendremos que hacerles hablar en un lugar más adecuado que éste.

Maxie respondió, dibujando en su rostro una mueca que aspiraba a ser sonrisa:

—¿Quieres que les haga hablar aquí? Es cuestión de unos minutos, no demasiados, y así no perdemos un tiempo precioso.

—No. Estaremos más seguros allí. Ve a lo que te he dicho.

Y Maxie salió de mala gana a cumplir la orden de su jefe.

CAPÍTULO IV

Cuando Dick Matews se vio en el sombrío sótano al que lo condujeron las gentes de Peter Marcus, comprendió lo que le podía aguardar allí, pero, lejos de acobardarse, advirtió que su ánimo de luchador se ponía en tensión.

Sintió, no obstante, no poca lástima por Betty Hyder, aunque tampoco ella parecía demasiado impresionada.

Betty fue arrojada a un rincón de forma un tanto brusca, mientras que Dick Matews quedaba en el centro de la vasta pieza, erguido orgullosamente, con las manos atadas a la espalda, pero dando la sensación de que era él quien dominaba la situación.

Frente a él se hallaba Jack Power, que acababa de bajar y, rodeándole, los otros pistoleros, fijas en él sus crueles miradas.

Maxie daba la sensación de que no podía estarse quieto y aun daba vuelta en torno a la que consideraba ya su víctima.

—¿A qué aguardamos? —preguntó Maxie, impaciente.

No comprendía los motivos por los que Jack no daba la orden de ataque.

Jack, por su parte, parecía bastante preocupado.

—No tengas prisa, Max. El jefe quiere verlo.

—No comprendo por qué se ha de molestar. Me basto y me sobro para qué Matews hable lo que sabe y hasta lo que no sabe.

Se oyeron pasos de alguien que se movía con bastante agilidad y todos los rostros se volvieron hacia la puerta del sótano, viendo aparecer en él a un hombre cuya edad no llegaba a los cincuenta años, alto, delgado, bien parecido y cuyo rostro denotaba energía e inteligencia.

Dick Matews había oído hablar con cierta frecuencia, en particular en los últimos tiempos, de Peter Marcus el financiero,

pero no había tenido ocasión de verlo. Y se sintió bastante sorprendido en su presencia.

—¿Éste es el terco que no quiere hablar? No puedo creer que sea tan estúpido como para eso.

Hablaba Peter Marcus con tono de superioridad, como quien no conoce nada que se le pueda resistir.

—Vamos, muchacho. Eres joven y te interesará vivir, ¿no es eso? Tendrás tus ilusiones. Dime qué es lo que quieres. Hay pocas cosas que yo no te pueda proporcionar...

Dirigió Peter Marcus su expresiva mirada hacia el rincón donde se hallaba Betty Hyder y señaló para ella.

—Traedla aquí a la luz, que yo la vea.

Obedecieron apresuradamente Maxie y dos de los muchachos, para quienes Peter Marcus era una especie de semidiós. Y el financiero, al verse ante Betty, dijo con tono risueño, dirigiéndose a Dick:

—Es linda y comprendo que te agrade. Vale más, bastante más que Ilona. ¡Pobre Ilona, qué desastroso final ha tenido! Bien dice el refrán que «quien mal anda...».

No terminó la frase y volvió a contemplar a Betty con mirada acariciadora.

—¡Linda, muy linda y atractiva, con ese atractivo especial que hace enloquecer a los hombres! No comprendo que mujeres como ésta, a las que todo sonrío en la vida, se metan en líos tan espantosos. Podéis volverla a donde estaba.

Hablaba Peter Marcus con tono frívolo, que contrastaba fuertemente con la dureza de la situación y con el tono incisivo, mordaz, que solía emplear Jack Power.

—En fin, Dick Matews, vamos a lo nuestro. Dime qué es lo que quieres. Un pasaporte al nombre que sea y otro para tu amiguita, dinero el que sea y hasta un empleo bien retribuido en cualquier país que sea de tu agrado.

El agente norteamericano se irguió más aún de lo que estaba y rió burlón, hasta responder al final:

—Eres muy generoso con quien nada te pide, Peter Marcus. ¿Puedo saber a qué viene todo eso?

—Me eres simpático hace tiempo. Me dio un poco de lástima quitarte a Ilona. Temo que lo ignoras, pero ella rió contigo para

venirse conmigo. Bueno, tú ya sabes cómo son las mujeres. Sin embargo, no dejó de quererte nunca y acabó por aburrirme, hasta el punto de que tuve que desprenderme de ella. ¡Y el caso es que, como chica, era excelente!

—Voy a ser contigo más generoso que tú conmigo, Marcus —respondió Dick, sin perder la calma—. Naturalmente, yo no te voy a ofrecer dinero ni pasaportes; no tengo y a ti te sobra. Tampoco te voy a ofrecer a la señorita Hyder. Ella se pertenece a sí misma y es quien debe disponer. Pero te voy a dar un consejo. No pierdas el tiempo tratando de hacerme perder los nervios. Lo de Ilona pasó y no té guardo ningún rencor por ello. Ahora, procuraré que pagues su muerte, puesto que nadie más que tú la ha asesinado...

Rió también Peter Marcus.

—Parece, amigo mío, que no te das cuenta de tu situación real.

—Te equivocas. Pero no me apura ni poco, ni mucho, ni nada. ¿Qué te parece?

—Que tenía ganas de tropezar con un hombre de buen temple. Únicamente así la lucha tiene ciertos alicientes —respondió el financiero—. Quedamos, pues, en que tienes plena conciencia de tu situación, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Y rechazas mi oferta, ¿acierto?

—Completamente, Marcus Has dado en el mismo centro de la diana.

Peter Marras continuó con el mismo tono de sorna:

—Posiblemente es qué no conoces el lugar donde se guardan las fotocopias.

—Al contrario. Lo conozco perfectamente.

—No está mal. Entonces, le mentiste a tu aliada.

—Naturalmente. Creí preferible mentirle a tener que hacerla daño.

—Eres un sentimental. En eso te pareces a mí... Cuando tengo que ordenar que hagan daño a una mujer, me duele espantosamente; y si es joven y linda, mucho más...

Betty Hyder estaba demasiado asustada, para comprender el sentido del humor que en su conversación desplegaban los dos hombres y en el primer momento creyó que en realidad, Dick la había engañado. Y por un momento llegó a odiarlo y a desear que

lo castigasen.

Pero no tardó en darse cuenta de que el joven actuaba de tal manera para salvarla a ella del castigo.

—Si tan fuerte está usted que no quiere hablar, como me molestan las violencias, comenzaremos por la señorita. Hyder. Las mujeres son tercas, bastante más que nosotros los hombres; pero también son más débiles. Tienen horror a que se les estropee su belleza y hablan con bastante más facilidad. ¿No es así, señorita Hyder?

Betty se sintió realmente horrorizada y más al advertir que Dick se encogía de hombros, dando la sensación de que le importaba muy poco lo que pudiesen hacer con ella.

Quien no se engañó en absoluto sobre los propósitos de Peter Marcus fue Dick Matews que leyó la crueldad y la violencia que se desataban repentinamente.

El financiero atacó rápidamente, golpeando al agente norteamericano en el rostro con verdadera ira.

Dick recibió los golpes sin perder la tranquilidad, afianzándose bien sobre ambas piernas.

Y cuando el arrebato del financiero hubo cesado y terminó de golpear, no tuvo Dick más que flexionar la rodilla derecha, con la que alcanzó en el vientre al hombre, que salió disparado con violencia.

Peter Marcus exhaló un bufido de dolor, y hubiera rodado por tierra de no contenerlo Jack Power en su caída.

Apenas pudo hablar, barbotó señalándolo:

—¡Duro con él! ¡Os lo entrego!

Maxie fue el primero en lanzarse, quedando Matews encerrado en una especie de círculo, en el que iba de un lado para otro, recibiendo furiosos golpes, siendo violentamente lanzado las más de las veces.

Betty Hyder contemplaba aterrada la terrible escena; y gritó fuertemente, sin poder contenerse, haciendo que Peter Marcus pusiese su atención en ella:

—¡Cobardes! ¡Eso no se hace!

—¡Cállese! Ya le llegará su turno. Y es inútil que grite porque aquí no la podrá escuchar nadie, excepto nosotros.

Hizo Marcus que se detuvieran los golpes y se encaró con Dick

Matews, cogiéndolo por la ropa y sacudiéndolo violentamente.

—¡Vas a hablar, miserable! ¿Dónde están las fotocopias?

—¡No lo sabe! —gimió Betty, advirtiendo que Matews no estaba en condiciones de hablar.

—Ya le he dicho que se calle. No se meta donde no la llaman. Ya le llegará su turno y veremos cómo responde.

—Puedes hacer que me maten, Marcus, porque no diré nada...

—¡Hable si en realidad sabe algo, Dick Matews! —aconsejó la joven—. Los conozco bien y sé que no vacilarán en matarlo después de atormentarlo terriblemente.

—No lo crea. Mi vida responde de las de ellos. Mientras yo viva, conservará Marcus la esperanza de recobrar esas fotocopias, que son como una bomba suspendida de un hilo sobre su cabeza.

—¡Sí hablará! Yo me encargaré de que hable —aseveró Marcus, acercándose de nuevo a Dick.

Pero Jack Power impidió que llegase a él, interponiéndose entre los dos.

—Vamos, Peter Marcus. Eso es cosa nuestra. En nuestra asociación, tú eres la cabeza y yo la fuerza. Y con este terco lo que se necesita es la fuerza. Nosotros le ablandaremos.

—Está bien. Pegad fuerte, pero pensad que para matarle siempre hay tiempo. ¡Adelante, muchachos! Pero cuidado de que no pierda el conocimiento. Hay que hacerle daño, pero nada más.

Se lanzaron como fieras, lloviendo los golpes en todas direcciones.

Uno de los torturadores sacó un puñal y, cuidando bien de que la aguda punta de su arma no produjese heridas de más de un milímetro, sometió al joven agente a crueles pinchazos.

Betty Hyder cerró los ojos para no ser testigo de la escena. Viéndolo, recibía la sensación de que los golpes y los pinchazos se los producían a ella y terminó creyendo enloquecer.

Abrió los ojos al escuchar un grito de angustia de Matews. Y le dolió terriblemente verlo vencido, aunque deseaba que terminase el tormento.

—¡Basta! ¡Diré dónde están, pero no me martiricen más! ¡Hablaré!

—Debieras haber comenzado por ahí y te hubieses ahorrado todo esto —dijo Peter Marcus, en cuyo rostro brilló una esperanza

—. Vamos, ¿dónde están?

Dick había hablado para hacer cesar el tormento y ganar tiempo.

Y cuando el castigo cesó, gimió tal que si estuviese realmente vencido, pensando en la mentira que, con visos de verdad, debería decir para ganar el tiempo que necesitaba.

Dick se dirigió principalmente a Jack Power:

—Antes las han tenido en sus manos, pero no han sido capaces de verlas —respondió lentamente—. En la cabecera de la cama, la talla del centro está hueca. Allí dentro están.

Jack Power lo contempló con expresión de recelo y dijo:

—Si las tenías tan a mano, ¿por qué no las recogiste la primera noche?

—Estaba completamente aturdido cuando me sacó la señorita Hyder de la casa. Y aunque no lo hubiese estado... No me hallaba dispuesto a compartir mi secreto con ella...

La razón que daba el joven era plausible, y tanto Jack Power como Peter Marcus se sintieron dispuestos a creerle.

—Ve tú mismo, Jack —ordenó Peter—. Basta con que dejes aquí a Maxie...

—Si has mentido, ya te puedes preparar a mi vuelta —advirtió Jack con ceñuda, expresión, tratando de advertir la menor vacilación en el agente norteamericano.

—¿Y para quién había de mentir si estoy en vuestras manos?

Hizo un gesto Jack Power a los muchachos, que se dispusieron a seguirle.

Peter Marcus se dirigió a Maxie.

—Mucho cuidado con él. La torpeza cometida anoche por Jack, nos está dando demasiado trabajo.

Antes de salir, Jack se volvió, respondiendo a Peter:

—Allí te hubiese querido ver yo. Ilona parecía que presentía su final y estaba imponible, hasta el punto de que no tuvimos más remedio que hacer acto de presencia. No es lo mismo bregar con la gente que encerrarse en un despacho y preparar fríamente las cosas...

—Bien, no discutamos ahora. No hay tiempo que perder. Piensa que nos van demasiadas cosas en este asunto.

Salió Jack Power con la gente y Peter Marcus le siguió, no sin antes advertir nuevamente a Maxie, quien una vez solo, seguro de

sí, dejó su ametrallador sobre una mesa y tomó asiento en una silla, sin perder de vista a Dick Matews, que, fingiendo no conservar fuerzas para mantenerse a pie firme, fue a apoyarse contra la pared, cerca de donde estaba Betty Hyder.

—¡Eh! No quiero veros juntos. Nada de tretas ni de ponerlos de acuerdo.

Y para evitarlo, Maxie se levantó, llegando hasta Matews, a quien dio un fuerte empujón.

El agente salió proyectado contra otra pared, no cayendo al suelo por verdadero milagro.

—¡Maldito cobarde! —barbotó—. ¡Llegaré a tener las manos libres en algún momento!

—Es posible, pero mientras tanto, las tienes atadas, así que cierra el pico...

La crueldad innata de Maxie salía a flote al verse solo, sin que nadie le contuviese. La podía desahogar contra Dick Matews, que no ofrecía peligro alguno.

Y avanzó hacia él dispuesto a golpearlo de nuevo.

El joven, dando muestras de debilidad, volvió a apoyarse contra la pared, reflejando su rostro dolor y terror a la vez.

Aquello alentó al cruel Maxie, que levantó la diestra, di puesto a golpear a su víctima.

A Betty, para quien Dick Matews había llegado a ser casi un ídolo, le dio horror y pena a la vez semejante escena. Le dolía verlo roto, vencido totalmente, a expensas de un criminal cruel como Maxie. Y estuvo a punto de gritar, dispuesta a llamar la atención de Peter Marcus que no podía estar lejos y del cual estaba segura que no toleraría semejante crueldad.

Pero vio algo en la actitud de Dick, que la hizo callar.

El joven se había apoyado contra la pared y con un ligero movimiento había esquivado el golpe de Maxie.

Y al mismo tiempo, de la misma forma que hiciera con Peter Marcus, flexionó la rodilla, que estrelló con toda su fuerza contra el vientre de Maxie.

Gruñó el hombre, que salió despedido con violencia.

Buen luchador, a pesar de estar su enemigo atado, no intentó volver sobre él inmediatamente; pero su precaución fue inútil, porque antes de que pudiera reponerse, volvía a atacar Matews,

quien le asestó un furioso puntapié en el estómago.

Aquel golpe hizo caer a Maxie medio inconsciente. Adivinó un nuevo ataque y quiso protegerse y gritar; pero el agente no le dio tiempo al lanzarse sobre él, golpeándole con la cabeza repetidas veces, hasta dejarlo inconsciente.

Pálida de terror, Betty no osaba moverse.

—¡Vamos, la necesito!

La voz la galvanizó, haciendo que se levantase de un salto.

Matews, mientras tanto, se había tendido junto a Maxie, de espaldas a él y, haciendo posturas que hubiesen parecido inverosímiles, buscó con sus manos atadas a la espalda, un cuchillo, algo que pudiese servir a sus propósitos.

Y sacó al fin un cuchillo, que puso en manos de Betty.

—Procure serenarse y, sin miedo, corte mis ligaduras. Yo cortaré las tuyas. No tema herirme, aunque si no me hiere será mejor...

—¿Aún tiene ganas de bromear?

—¡La vida y la muerte marchan unidas! ¿Por qué no he de reír cuando he estado a punto de llorar? ¡Corte sin miedo! ¡Aún no hemos vencido y el tiempo es algo precioso para nosotros! Ponga el filo hacia arriba y no tenga miedo.

Betty, vuelta de espaldas, aferró el cuchillo manteniéndolo tal como Dick le indicaba; y el joven norteamericano, sin perder de vista a Maxie por si recobraba el conocimiento, colocó sus ligaduras sobre el corte e hizo fricción para que saltasen rápidamente.

Se hirió con el acero, pero sintió al fin que las ligaduras saltaban cortadas, arrancándole el hecho un gruñido de satisfacción.

Maxie exhaló un suspiro, al cual correspondió Dick con un puntapié, que lo volvió a sumir en la inconsciencia.

Tomó el agente de manos de Betty el cuchillo y pidió:

—¡Veamos ahora sus muñecas, jovencita! Sentirá deseos de verlas libres.

Cortó rápidamente las ligaduras que sujetaban a la joven. E inmediatamente guardó el cuchillo y se apoderó de la ametralladora que Maxie había dejado sobre la mesita.

—Ahora vamos a atarlo y amordazarlo. Merecería que lo clavase a tiros, pero soy incapaz de hacer una cosa así a sangre fría, a pesar de que es una fiera que, en su día, puede darnos un serio disgusto.

Amordazó y ató rápidamente Dick a Maxie, desposeyéndole de

una pistola, que entregó a Betty.

—¿Será capaz de hacer uso de ella?

—Usted sabe que sí.

—Es cierto. Uno de los proyectiles, en particular, me anduvo muy cerca. Pues, si se presenta la ocasión, no vacile y tire a dar. Nos lo jugamos todo.

Había transcurrido tiempo suficiente para que Peter Marcus se hubiese alejado.

—Deberá seguirme a no mucha distancia e imagino que no será necesario advertirle el silencio que se necesita emplear en esto.

—Descuide. También sé deslizarme como una sombra cuando el caso lo requiere.

Se dirigieron hacia la puerta de salida del sótano, de la que arrancaba una escalerilla que rezumaba humedad, por la que iniciaron la subida.

Al llegar a un recodo de la escalera, divisó Dick en lo alto de la misma a un hombre que parecía estar allí de guardia.

Se le presentaba al fugitivo la duda de que pudiese estar solo o acompañado de otros desalmados como él; pero hubo de tomar una decisión después de advertir a Betty que estuviese dispuesta a ayudarle.

Y Dick, encañonando al guardián con la ametralladora tomada a Maxie, se dejó ver, acercándose cauteloso; pero no tardó en ser descubierto por el vigilante, que inició un movimiento para echar mano a la sobaquera.

—¡Quieto!

No gritó Dick, pero su entonación resultaba convincente apoyada por el arma, y la decisión de usarla que se adivinaba en su rostro.

Quedó el hombre inmóvil, mirando fijamente al agente norteamericano, reflejando su rostro el estupor que le dominaba, estupor que aumentó al ver surgir a Betty detrás de Dick.

Se produjo entonces un leve silbido, que hizo volver el rostro al vigilante.

Aquello indicó claramente a Dick Matews que el hombre no estaba solo. Hizo seña a Betty para que continuase inmóvil y él siguió su avance con suma cautela, pegándose bien a la pared de la escalera por la parte hacia la que el vigilante había vuelto la

cabeza.

Aunque el vigilante nada había dicho, su actitud decía suficientemente a quienquiera que fuese el que había silbado. Y Dick conminó con voz baja, pero firme:

—¡Vamos! ¡Responda a quien sea!

Pero el vigilante se mantuvo silencioso, tal como la primera orden de Dick le había sorprendido.

Asomó Dick de improviso y pudo sorprender a otro hombre que se acercaba sigilosamente, empuñando con decisión una pistola.

Advirtió el agente americano la decisión de disparar del otro y se le adelantó, disparando con la ametralladora. Le vio soltar el arma a tiempo que se estremecía al ser alcanzado por los disparos.

Aprovechó el vigilante, que había permanecido inmóvil, para terminar el movimiento y empuñar su arma.

Pero el norteamericano había previsto semejante acción y apenas había terminado con su primer enemigo, disparó contra el vigilante, el cual se desplomó como fulminado.

—¡Dese prisa ahora! —apremió a Betty, que al ruido de los disparos, había rebasado el recodo de la escalera, dispuesta a ayudarle.

Dick Matews, una vez arriba, se sintió un tanto desconcertado. Se hallaban en una sala de máquinas, silenciosa en aquel momento. En la semipenumbra que dominaba en ella, se adivinaban más que se veían las siluetas de las máquinas.

Se oyó una voz potente que preguntaba:

—¿Qué sucede ahí? ¡Dad la luz!

—¡Estamos perdidos si encienden! ¡Venga conmigo!

Echó a correr, empuñando la ametralladora con una mano y tomando a Betty con la otra y tirando de ella.

Se movió con rapidez y seguridad entre las máquinas, llegando hasta un amplio ventanal de cristales helados. No se entretuvo en abrirlo, sino que rompió dos cristales, haciéndolos saltar. Limpió bien y rápidamente la parte baja y ayudó a Betty, ordenándole:

—¡Vamos, salte!

Saltó él a continuación, al tiempo que se encendían las luces.

—¡A tierra!

Empujó violentamente a Betty mientras daba la orden.

Y se produjeron casi simultáneamente varias detonaciones,

haciendo saltar cristales y parte del maderamen. Los proyectiles fueron a rebotar contra el piso y la pared frontera, a escasa distancia de los dos fugitivos.

—¡No perdamos tiempo!

Mostrando una inagotable energía, se levantó, obligando a hacer lo propio a Betty y tiró de ella, impulsándola a correr de forma que tenía algo de desesperada.

Sus pasos resonaban en el estrecho callejón por el que marchaban, con eco que tenía algo de lúgubre.

—¡Corra sobre la punta de los pies! ¡Procure no hacer ruido!

El mismo Dick Matews corrigió su forma de correr.

Silbó un cuchillo cerca de ellos y una ráfaga de proyectiles mordió el piso a muy poca distancia de ellos.

Betty lanzó una exclamación ahogada:

—¡Mi tacón!

—¡Ahora no lo necesita! ¡Vamos! ¡Una vida vale más que un tacón!

Llegaron a una especie de murallón, y Dick se descolgó por él, sirviendo así de escalera a Betty para que descendiera. Continuaron luego la carrera y se internaron en un parque.

El ruido de pasos de la gente que les perseguía había cesado después de saltar por el murallón.

Al llegar a la otra parte del parque, Dick Matews se sintió relativamente tranquilo.

—Guárdese la pistola. Sería difícil dar una explicación plausible a la policía tunecina si nos preguntase, cosa que no sería difícil si nos viese con las armas en la mano.

Por su parte, Dick desmontó su ametralladora, disimulándolo bajo la americana.

—Allí tenemos un automóvil —apuntó Betty.

—Sería la mejor forma de que pudiesen seguir nuestra pista. No tendría nada de particular que desde aquí se hubiere oído el ruido de los disparos.

—¡Es que no puedo andar!

—Haga un esfuerzo y, si es preciso, la llevaré en brazos. Pero debemos pasar inadvertidos. Usted misma dijo antes que estamos «fuera de la Ley», y por otra parte, Marcus es demasiado influyente y sus tentáculos llegan a lugares insospechados por nosotros. No es

hora de darle aún la batalla de cara.

—¿Qué es usted en realidad, Dick Matews? —interrogó Betty Hyder, sin dejar de marchar junto al norteamericano.

—Piense lo que quiera y no pregunte. Imite mi discreción —respondió Dick con tono de broma, pero haciendo comprender a Betty que hablaba completamente en serio.

La llevó por una serie de callejas hasta lograr desorientarla a pesar de que ella conocía Túnez bastante bien. Y al final la hizo entrar en una casucha.

—Puede penetrar tranquilamente. Descansará, veremos eso del zapato y, cuando lo desee, la dejaré en el lugar que me diga...

CAPÍTULO V

Dick Matews pudo librarse pronto de Betty Hyder, encargando a otro agente que la siguiera, empleando en ello toda su cautela; y se reunió rápidamente con el capitán Tracy.

—Hay que evitar que las gentes de Marcus encuentren las fotocopias en la casa de Ilona. Deben estar allí ahora destrozándolo todo.

—Eso no resultará difícil.

El capitán Tracy marcó un número en el teléfono, y después de cerciorarse de que realmente era la policía, denunció que había visto entrar unos hombres de forma subrepticia en la casa donde había muerto Ilona Marwin.

A continuación dio unas señas inmediatas a la casa y un nombre supuesto, volviéndose hacia Matews cuando hubo terminado.

—Ya está hecho. Si se entretiene allí la gente de Peter Marcus, será atrapada, cosa que nos beneficiaría bastante.

—¿Es posible que Marcus haya logrado los negativos de las fotocopias? —preguntó Dick.

—Sí. Tiene gente en todos sitios y ha logrado no solamente eso, sino los originales... ¿Qué ha sucedido?

El joven agente refirió cuanto le había acontecido, mostrando a su superior las abundantes huellas de violencia que ofrecía su cuerpo.

A pesar de que el capitán Tracy había indicado a Matews que debía aguardar sus órdenes, no se atrevió a reprenderle por haber desobedecido. Lo sucedido demostraba que sus enemigos no se dormían y que se debía actuar con rapidez si no querían que les ganasen la mano.

—¿Dónde podía guardar Ilona esas copias? —interrogó el

capitán Tracy, pensativo.

—¿Y quién puede saberlo? Alguien que la conociese muy bien. Por ejemplo, el agente que enlazaba con ella anteriormente.

—Imposible poder interrogarle, teniente Matews. Lo arrojaron a La Goleta con un puñal clavado en la espalda. Ni siquiera se tomaron la molestia de arrancárselo.

—Tengo una idea... —dijo Matews.

—Empiezo a temer a sus ideas, teniente Matews. No me gusta que los hombres se arriesguen, y más aún cuando los resultados son inciertos. Aparte de otras consideraciones de carácter humano, tenga en cuenta que un hombre de los que trabajan a mi lado cuestan mucho de formar, son difíciles de substituir y no se pueden «quemar» así como así.

—No creo que haya demasiado riesgo, capitán. ¡Que pierdan nuestros enemigos el tiempo volviendo la casa de Ilona patas arriba! Yo estoy convencido de que ella llevaba las fotocopias encima. Estimo conveniente hacerse cargo de su cuerpo y de sus ropas. Es ahí donde pueden estar. Ilona es súbdita norteamericana, y nuestra Embajada puede gestionar la entrega de ambas cosas.

—Se intentará, aunque temo que no de resultado. ¿No cree que la policía habrá registrado a fondo?

—Puede que sí y puede que no.

—Peter Marcus no habrá dejado de intervenir.

—Y si no lo ha hecho, tan pronto se entere que nos interesamos por esas ropas, lo hará. ¡Cáspita, capitán! ¡Hay que ir por ellas antes de que ellos puedan pensar en una cosa semejante!

—¡Está bien! ¡Se hará la gestión! —admitió el capitán.

—¿Y por qué no la he de realizar yo personalmente?

—¡Está usted cansado!

—Apenas. Una ducha me dejará como nuevo. Hay que aprovechar el tiempo antes de que sea de día.

—¡Está bien! Encárguese de la gestión. Pero no debiera de ir solo.

—Como ordene, capitán. Pero opino que es exponer innecesariamente a un compañero que mañana, que dentro de unas horas, puede hacer falta.

—Es cierto. Vaya solo, pues.

—He pensado en Peter Marcus. Sería interesante buscar

antecedentes de él. Puede llamarse Markos en vez de Marcus. No debemos olvidar que es de origen griego. Jack Power tiene antecedentes, aunque es posible que los tenga a nombre de Pat Jersey. Si se encontrase algo, aunque fuese únicamente a nombre de este último, se podría solicitar su extradición. Así dejábamos a Peter Marcus sin el apoyo de su brazo ejecutor.

—Ese brazo ejecutor es quien menos me preocupa.

—Tampoco a mí me preocupa gran cosa, pero indudablemente, debilitaría la acción de Marcus, que ya no podría confiar ciegamente, como confía en Jack Power.

—De acuerdo. Se harán esas gestiones.

—Entonces, si no ordena otra cosa, señor, voy a ducharme y a prepararme para llevar a cabo mi tarea.

—Le deseo suerte.

—Gracias, señor. Es posible que la necesite.

* * *

Dick Matews tenía buenas amistades en Túnez, amistades logradas en su anterior estancia.

Y aquella noche, vestido de mendigo, renovó una de semejantes amistades. Se trataba de un oranés al cual soltó la lengua con un poco de bebida, no demasiada; y hubiese bastado el recuerdo de la antigua amistad, ya que el oranés respondía siempre bien a cualquier llamada emotiva.

Así pues, debidamente informado, cuando aún no hacía dos horas que el agente norteamericano había escapado de la muerte en su encuentro con las gentes de Peter Marcus, volvía a ponerse en contacto con ella al entrar subrepticamente en el depósito de cadáveres del cementerio, donde debería estar aún el cuerpo de Ilona.

No pudo menos de sentirse impresionado el joven al penetrar en el lugar donde se observaban alineadas bastantes mesas apropiadas para el cometido que desempeñaban, muchas de las cuales se veían ocupadas por cuerpos rígidos, cubiertos por sendos sudarios.

Se estremeció al pensar que él mismo podía estar allí, ocupando una de aquellas mesas. Y que allí estaba Ilona, cuya vida joven había sido bestialmente truncada por las gentes de Peter Marcus.

Se respiraba en el interior de la pieza un olor que no resultaba agradable, pese a la ventilación establecida por unas ventanas altas que se mantenían siempre abiertas.

Dick, dominando las desagradables sensaciones que experimentaba, se dispuso a realizar su trabajo; y uno por uno fue alzando los sudarios, tarea nada grata, en la que se ayudaba de cuando en cuando con su lámpara de pilas.

—¡Nada, nada! ¿A ver? Sí, aquel cuerpo puede ser ella... Son sus formas...

El cuerpo que había llamado su atención estaba separado de los demás, casi al fondo de la sala.

Hubiese preferido verlo más cerca de la puerta, pues no podía menos de pensar que a sus enemigos se les podía haber ocurrido la misma idea que a él.

Y en el lugar donde se hallaba el cuerpo, la retirada no era fácil.

Se adelantó, no obstante, con decisión, desplazándose de aquella forma deslizante, característica en él.

Levantó el sudario a tiempo que dirigía la linterna al rostro.

—¡Sí, es ella, Ilona! ¡Pobre Ilona! ¿Quién podía imaginar entonces que ibas a terminar aquí, de esta manera?

Sintió el joven un dolor lacerante que le hablaba de un pasado lejano, de unas ilusiones muertas hacía tiempo y que iban a quedar enterradas allí, a miles de millas del lugar donde habían sido concebidas.

—¡Fuera sentimentalismos! Un minuto perdido puede significar no solamente mi muerte, sino el fracaso de la empresa.

Afortunadamente, no habían despojado a Ilona de su ropa, limitándose a cortar el vestido de arriba abajo, seguramente para examinar las heridas que le habían causado la muerte.

Un vistazo le bastó a Dick Matews para adquirir el convencimiento de que lo que buscaba no estaba en la ropa propiamente dicha, y fue hacia los pies de la mesa, apoderándose de un zapato.

Elegió el del pie izquierdo y tan pronto lo tuvo en la mano adquirió la seguridad de que el tacón estaba hueco. Para asegurarse, lo hizo girar, destornillándolo.

—¡Esto debe ser!

Con mano febril sacó unas fotografías que podían ser de doble

tamaño que un sello de correos.

—¡Habrà que ampliarlo! Tiene que ser esto, no puede ser otra cosa.

Sintió la alegría del triunfo, pero ella no le hizo olvidar que podía ser sorprendido.

—Veré el otro tacón, por si acaso...

Pero fue inútil. El otro tacón era corriente, cosa que pudo comprobar al desprenderlo de un brusco tirón, visto que no cedía como el del pie izquierdo.

Había guardado las pequeñas fotografías y se disponía a salir después de echar otro vistazo al rostro de Ilona, cuando percibió un leve roce producido a sus espaldas.

Sus músculos se pusieron instintivamente en tensión, presintiendo el peligro. Solamente tenía un lugar libre para salir y se dispuso a escapar, pero algo le advirtió del peligro y saltó rápidamente, como podría hacerlo un tigre, por encima de una mesa vacía, para caer en el suelo completamente hecho un ovillo.

Había destellado algo en el aire en el momento en que saltaba y el cuchillo dirigido contra su cuerpo fue a clavarse en el cuerpo de Ilona.

El instinto le avisó que había de vérselas con varios enemigos y se dispuso a desconcertarlos para disgregarlos y resultarle de ello alguna posibilidad de vencer.

Esquivó en un nuevo salto a uno de los hombres que se le venían encima como sombras y fue a caer frente a otro de sus enemigos, que corría a cortarle la retirada.

Atacó el hombre cuchillo en mano al advertir la maniobra de Dick, pero éste se dejó caer de espaldas al suelo, haciendo fallar al otro el golpe.

Se fue de bruces el hombre al no encontrar el apoyo esperado, al mismo tiempo que el pie derecho del agente norteamericano era disparado con espantosa violencia.

—¡Ufff!...

El hombre había sido alcanzado en plena barbilla y cayó, violentamente de espaldas, soltando el arma; y su cabeza, al caer, rebotó contra la piedra de mármol de una de las mesas, de forma impresionante.

Cayó otro enemigo sobre Dick, atacándole con la cabeza. El

joven saltó de lado, tratando de esquivar, pero fue alcanzado aún por el golpe y derribado violentamente, percibiendo un dolor agudo en el costado afectado.

Repitió el hombre su ataque tal ver caído a Dick, pero esta vez, con ambos pies en el aire, dirigiendo estos contra la cabeza del norteamericano. Mas este pudo hacer una rápida flexión de piernas, deteniendo el golpe con los pies, y haciendo perder el equilibrio a su enemigo, al cual obligó a caer.

Lanzó el hombre un bronco bramido al golpear con la cabeza contra la piedra, quedando exánime sobre el pavimento.

Cuatro hombres más, salvando las mesas, dos por cada lado, atacaron. Y Dick tuvo el tiempo justo para saltar, evitando que lo pudieran coger en el centro.

Se revolvió uno de los enemigos y Dick hubo de resistir la embestida, frenándole de un duro golpe en la barbilla.

Y con visión rápida, lo tomó del cuello antes de que cayera y lo alzó en vilo, sujetándolo también por la entrepierna, comenzando a girar con él en tal postura, sirviéndose de él como escudo.

Percibió que el cuerpo se estremecía visiblemente, comprendiendo Dick que el hombre le había salvado la vida; sintiendo entonces resbalar la sangre que manaba de las heridas abiertas por los cuchillos que habían salido destinados a él.

Lanzó al hombre contra los tres enemigos, que cayeron envueltos con él, y Dick, una vez libre, corrió, saltando como un gamo por encima de las mesas.

Llegó a la puerta del depósito casi sin fuerzas.

Se volvió a ver si le perseguían y vio que le lanzaban un cuchillo que centelleó en el aire.

Se arrojó al suelo y oyó el ruido seco que produjo el cuchillo al clavarse en el marco de la puerta, donde quedó vibrando durante unos instantes.

Se levantó y se lanzó a desenfrenada carrera a pesar de que las sienes le zumbaban. Estuvo a punto de tropezar, salvando los obstáculos poco menos que de milagro.

Se dejó llevar del instinto y al fin se vio libre, no obstante lo cual no dejó de correr, aunque ahogando el ruido de sus pisadas para que no pudieran servir de referencia a sus enemigos.

Notó que le invadía una gran alegría y exclamó en voz alta:

—¡He triunfado!

Aminoró la marcha y se volvió varias veces para asegurarse de que no le perseguían.

Cuando estuvo tranquilo ya con respecto a sus enemigos, se dejó caer en el suelo al abrigo de un seto, desde el cual podría ver a sus enemigos sin que éstas tuviesen ocasión de verle.

Un ruido de pasos, bastante apagado, llamó entonces su atención.

Se escondió y echó mano a su pistola, a la cual le ajustó el silenciador.

Divisó a poco una silueta que llevaba la misma dirección que él había llevado y que parecía buscar algo o alguien con la vista.

—Si es alguno de ellos, no estoy dispuesto a correr.

La figura que avanzaba, tenía en sus movimientos algo que le resultaba familiar, y a poco más que se le acercó, permitió que la reconociera.

—¡El capitán Tracy! Ha querido velar por mi seguridad...

Cuando lo tuvo cerca, lo llamó y Tracy se le acercó sonriendo.

—¡Hola, teniente! Le vi salir como un rayo. ¡Cualquiera le alcanzaba!

—¿Y ellos?

—¿Ellos? Supongo que la policía tunecina se habrá encargado de cogerlos. Al menos, yo la he visto llegar. Ha habido alguien que ha dado el aviso de que en el depósito de cadáveres había gente extraña... ¿Ha encontrado algo?

—Sí. Habrá que hacer ampliaciones. Dudo que se pueda leer ni aun con lupa...

—Bien. Eso es lo que menos me preocupa. Ahora, que se prepare Peter Marcus, o Markos, como se llame. Y vamos a descansar, teniente. No creo que haya terminado todo. Peter Marcus es de los que no se duermen, y menos cuando advierten que los sabuesos andan pisándoles los talones.

* * *

A la mañana siguiente, se hallaba Dick Matews en la ducha, cuando uno de sus compañeros fue a avisarle:

—El capitán Tracy te llama, Dick.

—Voy enseguida con él.

Terminó de asearse rápidamente el oficial y acudió con gesto alegre al despacho de su superior.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, teniente.

Comprendió inmediatamente Dick Matews que sucedía algo anormal. Le bastó para ello ver la expresión del rostro del capitán Tracy.

—Se ha recibido orden urgente de traslado. Lo siento. Su trabajo en Túnez ha terminado. Debe arreglar rápidamente su documentación y salir del territorio cuanto antes.

—¿Puedo saber los motivos de este traslado, cuando apenas si he iniciado mi trabajo?

—Sé tanto como usted de semejante cosa, teniente.

—Está bien, señor. Hoy mismo realizaré el visado de mi documentación.

El capitán Tracy parecía realmente contrariado.

Se levantó de su asiento y tendió la mano a Dick Matews.

—Al margen de nuestras relaciones oficiales, Dick Matews, quiero decirle que siento verme privado de su colaboración. Por su abnegación y su fidelidad, se ha hecho acreedor usted a mi aprecio.

—Gracias, capitán.

—Me agradecería ser informado acerca de los motivos de su traslado, pero los ignoro.

—Hemos puesto el dedo en la llaga en un asunto en el cual hay demasiados intereses por medio, señor. Se trata nada menos que del petróleo. Los «trust» que lo explotan son muy poderosos, llegan a todas partes.

—Sí. No me cabe duda de que es eso, teniente. Y ahora, también particularmente, aunque usted es de los que no necesitan recomendaciones, creo mi obligación recomendarle que se cuide.

—Sí, señor, lo sé. Peter Marcus me odia personalmente, he podido comprenderlo cuando me tuvo entre sus manos.

—Yo también he oído algo de eso. No me extraña que el motivo que se haya esgrimido en contra de usted para justificar su traslado, sea el de su rencor hacia él por haberle quitado la novia.

Se dio cuenta Dick Matews de que Tracy sabía más de lo que aparentaba y que le avisaba fingiendo que se trataba de una idea

personal tuya.

—Así debe ser. La noche que me aprisionó, destilaba rencor, fingiendo protegerme. Es una verdadera pena que tengamos que trabajar en este plan de clandestinidad cerrada.

—Así es, teniente. Por eso no tuvo él inconveniente en dejarse ver. Aunque, naturalmente, él contaba en que no saldría usted de allí con vida.

El capitán Tracy tendió la mano a Dick Matews, demostrándole de aquella manera que no debía continuar semejante conversación, en la que se había excedido a su favor.

—Le repito las gracias, señor. Antes de partir tendré gusto en despedirme de usted.

Dick Matews salió del despacho del capitán.

Sentíase dominado en aquel momento por una vaga sensación desagradable, como el hombre que ha quedado en violenta situación, por torpe.

Pensó Dick en que Peter Marcus, manejando sus influencias, su poder económico, se estaría riendo de él en aquel instante, después de haberle derrotado, cuando Dick, por su parte, luego del esfuerzo realizado, consideraba que lo tenía ya en sus manos.

Se sintió desalentado, desmoralizado.

—¿Vale la pena trabajar en estas condiciones? ¡Si se pudiera renunciar a la carrera así, de improviso, lo haría en este mismo momento!

Salió a la calle. Tenía todo el día por delante, aunque lo primero de que se iba a preocupar era de arreglar su pasaporte para la salida.

—Tendré que irme sin volver a ver a Betty a menos que el azar la ponga en mi camino; y lo siento, porque ha logrado interesarme como no me había interesado ninguna mujer después de Ilona.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué le vamos a hacer? Son gajes del oficio. Lo que más me duele es que Peter Marcus se estará riendo de mí, como se reiría anteriormente, cuando se llevó a Ilona. El dinero, en manos de esa clase de gentes, lo pudre todo, no hay cosa que no corrompa...

CAPÍTULO VI

Dick Matews había olvidado a los hombres de Peter Marcus que le habían atacado en el depósito de cadáveres.

Pero volvieron a su memoria cuando vio a los supervivientes salir de la dependencia en que habían estado detenidos desde la noche anterior.

Advirtió que algo muy profundo se removía dentro de él, conmoviéndole sensiblemente al verlos salir sonrientes y desafidores; actitud de desafío que se acentuó cuando algunos de ellos lo reconocieron.

En aquel momento, Dick Matews deseó que alguno de aquellos desalmados osase desafiarle; pero, semejante cosa no se produjo y el joven agente norteamericano se sintió un tanto defraudado.

El hecho de que aquella gente saliese en libertad después de lo sucedido en el depósito de cadáveres, le dio una idea bastante exacta de la influencia que Peter Marcus tenía.

—No me extraña que hayan podido asesinar impunemente a Ilona Marwin; me explico perfectamente que se atreviesen a apoderarse de Betty y de mí con idea de asesinarnos...

A la puerta de la dependencia les aguardaba un automóvil que los recogió y en el que no tardaron en desaparecer de su vista.

—¿Y he de permitir que Peter Marcus se burle de mí, que me pisotee de esta forma inicua? Es un desafío no solamente a mí, sino a la gente honesta; es algo que no puedo consentir, que no permitiré a pesar de todo.

A medida que iba desarrollando semejantes ideas en su cerebro, sentía que se producía en él una reacción de profunda vergüenza que le impulsaba a actuar a despecho de la orden que no hacía mucho había recibido.

—Él destrozó no solamente la vida de Ilona, sino la mía; y lo que intenta atropellar ahora por servir sus intereses, es más importante aún. Además, la muerte de Ilona no puede, no debe quedar impune, me lo he prometido a mí mismo.

Se iba exaltando el joven a medida que hablaba, hasta llegar a saturarse de indignación y de deseos de justicia.

De tales pensamientos le vino a distraer el hecho de que un lujoso automóvil se detuviese de forma un tanto brusca a su altura, pegándose a la acera por la que el agente discurría.

Se dio cuenta Dick Matews un poco tarde de que había hecho mal en no ir prevenido, de que la advertencia que le había hecho el capitán Tracy no había sido hecha a humo de pajas.

Asomó la cabeza del propio Peter Marcus por una de las ventanillas del lujoso automóvil.

Su sonrisa resultaba diabólica al dirigirse a Dick Matews, el cual divisó en el interior del automóvil a Jack Power y a Maxie, cuyos ojillos brillaron con destellos de odio al fijar su mirada en el joven.

—No tema, amigo Dick Matews. Nadie amenaza su vida, ningún arma le encañona, al menos por nuestra parte. Sí, ya sé que a Maxie le agradaría que le diese la orden de disparar, pero no haré semejante cosa.

—Yo no soy su amigo, Peter Marcus.

—Lo será. Todo el mundo es amigo mío. Yo lo soy suyo, aunque usted no quiera. Y como la amistad debe ser algo recíproco, usted será mi amigo también...

—¿Está usted muy seguro de eso? —preguntó Matews, recobrando el absoluto dominio de sus nervios, tratando de llegar a conocer lo que impulsaba a Peter Marcus a adoptar aquella posición con respecto a él.

Lo primero que se le ocurrió a Dick fue pensar que Marcus le tenía miedo pese a lo que había logrado.

—Sí, ¿por qué no? Estoy en deuda con usted. Ya le dije que sentía hacia su persona cierta debilidad. Me dolió arrebatarle a Ilona, pero la verdad es que estaba realmente enamorado de la muchacha. Ella fue una tonta, tuvo la culpa de nuestra separación y temo que llegó a odiarme, cosa que no he comprendido jamás.

—Lo que no he podido comprender es cómo llegó a quererle, cómo se fue con usted.

—Eso es lo malo. Que no me quiso jamás. De mí, le atrajo mi dinero, mi posición. La ambición, siempre la maldita ambición, amigo Matews —expresó el financiero con velada ironía.

—Sí, es mala consejera la ambición, cuando es una ambición desmedida. Lleva mucha gente a presidio, al cementerio, a la desesperación...

—Así es, amigo mío. Resulta triste reconocerlo. Pero ¿qué le vamos a hacer? La Humanidad es así y va a ser difícil que nosotros la podamos reformar. Y no crea, que la cosa me cuesta mi dinero. Estoy dando continuamente sumas y sumas para obras piadosas, para la regeneración de la Humanidad...

A Dick Matews no le asombraba en absoluto el cinismo de que Peter Marcus daba muestras. Y le siguió la corriente deseando saber hasta dónde le quería llevar.

El agente norteamericano tenía la convicción de que el financiero no era de los que perdían el tiempo en una conversación de aquel tipo a menos que persiguiese un objetivo.

—Me congratulo de ello, señor Marcus. Por mucho que se haga en ese sentido, siempre es poco. Lo malo es que no todos nos comprenden, casi nadie cree en la rectitud de nuestros pensamientos. Piensan que, si hacemos el bien, llevamos alguna idea inconfesable oculta, que pretendemos sacar algún beneficio de ello.

Peter Marcus hizo un gesto ambiguo.

—Es cierto, amigo mío. Y en semejantes casos es preferible no hacer caso... ¿De verdad que no quiere ser amigo mío?

—La verdad es que ha llegado usted a conmoverme. No imaginaba ese tesoro de bondad en su alma. Aunque en algunos casos temo que va usted demasiado lejos...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marcus con cierto recelo.

—Por ejemplo, en la protección que dispensa usted a Maxie. Es una bestia cruel, no es un hombre. Y no crea usted que Pat Jersey o Jack Power, como quiera usted llamarle, le va mucho en zaga.

La provocación de Dick Matews no dio resultado alguno.

Los dos aludidos permanecieron impassibles en apariencia.

Y Peter Marcus respondió:

—¡Caramba, amigo Matews! No es usted demasiado benévolo con ellas. Y sin embargo, tiene Maxie más motivos de queja contra

usted que viceversa. Lo maltrató usted de mala manera.

—Quiso cebarse conmigo porque me vio atado. Eso fue todo.

Rió de forma burlona el agente norteamericano, y añadió:

—Lo malo es que le salió el tiro por la culata.

Volvieron a destellar los ojos de Maxie de forma amenazadora, aunque permaneció inmóvil mientras que Jack Power mantenía su impasibilidad.

—¿Es cierto eso, Maxie? —preguntó Marcus—. No me lo habías referido así.

Le respondió un gruñido ininteligible del aludido, que de poder, hubiese destrozado a Dick Matews.

Marcus volvió a dirigirse a Dick:

—Los hombres como nosotros debiéramos vernos, charlar con más frecuencia. Así desaparecerían ciertos recelos, determinados prejuicios que nos separan. ¿Por qué no continuamos esta charla en mi casa? Allí, los dos mano a mano, podremos profundizar, conocernos mejor en provecho de ambos. No debe tener miedo.

—La verdad es que no me agrada meter la cabeza en la boca del lobo. No siempre se sale bien de la prueba. No soy un hombre miedoso, según le puede constar, pero sí soy precavido.

—¡Vaya, amigo mío, vaya! Deseche toda clase de recelos. Puede venir a mi casa tranquilamente. Es posible que allí encuentre a una buena amiga suya. Me refiero a la señorita Hyder. Está citada para dentro de unos minutos y no creo que falte a la cita. Tengo las mejores referencias con respecto a ella.

Consultó Peter Marcus su reloj y continuó:

—Exactamente faltan diez minutos y medio para la cita. ¿Se decide a venir o no? Por mi parte, soy hombre formal y no deseo llegar tarde. Mi norma es no hacerme esperar jamás y, menos, cuando se trata de una dama.

Sonrió el financiero entre comprensivo y pícaro, y expresó con innegable simpatía:

—¡Vaya! Si la chica le agrada, no debe tener celos de mí. Se trata de un asunto de negocios. Negocio puro. El caso de Ilona no se debe repetir y menos ahora que le considero mi amigo. ¿Acepta?

Había algo de burlón desafío, no solamente en el rostro de Peter Marcus, sino en el de Jack Power, que había permanecido silencioso.

En cuanto a Maxie, su rostro expresaba desdén, que se cambió en asombro cuando el agente norteamericano respondió:

—Acepto su amable invitación. Su conversación me resulta agradable y tengo interés en volver a ver a esa guapa chica. No sabría dónde encontrarla, porque nuestros encuentros hasta ahora han sido casuales.

—Menos casuales de lo que usted imagina. Pero, para verla, si realmente tiene interés en ello, no tenía más que preguntar a nuestro común amigo Tracy dónde podría encontrarla. No creo que él, en plan de amigos, se hubiese negado a decírselo.

—Eso creo yo también —respondió Dick Matews tranquilamente—, pero la verdad es que no me ha preocupado la cuestión.

—Pues nada, suba —dijo Marcus, abriendo la portezuela del coche.

—¿Está seguro de que no morderán? —interrogó el agente norteamericano aludiendo discretamente a Maxie y Jack Power.

—Si yo no lo ordeno, no. Ellos, además, sienten por usted cierto respeto. Los hombres de corazón son respetados hasta de sus enemigos, y esto no quiere decir que ellos lo sean.

—¿Por qué habrían de serlo? ¿Por unas «caricias» inocentes que les he hecho cuando, en particular a Maxie, debí de haberlo matado?

—En eso tiene usted razón, ¡qué caramba! Afortunadamente, todo eso ha quedado atrás.

Subió Dick Matews al automóvil, sentándose junto a Marcus mientras que Jack Power y Maxie pasaban a los asientos supletorios.

—Creo que las presentaciones son innecesarias. Usted ya conocía a Jack Power.

—Sí, aunque le conocía por el nombre de Pat Jersey...

—En cuanto a Maxie...

—Maxie no necesita presentación —respondió Matews—. Es de los que se presentan ellos mismos.

* * *

Peter Marcus y Dick quedaron solos en el elegante despacho del financiero.

El griego-americano, antes de iniciar la conversación estuvo observando atentamente al joven, como disponiéndose para la batalla. Le ofreció luego tabaco.

—Usted es un hombre de valía, Dick Matews.

—Me hace usted mucho honor.

—Conozco a la gente —respondió Marcus en tono protector—. No en vano he llegado hasta donde he llegado y cuento con que empecé vendiendo cigarrillos.

—Así ha empezado mucha gente.

—Sí; pero no todos destacan y yo he destacado. Y no es eso. Considero que apenas estoy a mitad del camino a pesar de que tengo mis influencias. Hay reyes que acuden a mí en sus apuros... En fin, usted no ignora todo eso y es inútil que le haga mi apología.

—Completamente inútil. Ya sé que es usted capaz de quitar y poner gobiernos, de promover disturbios donde hay tranquilidad y llegar a poner paz donde no la hay.

—¡Exactamente! Es usted un hombre preparado, conocedor de la vida, y eso precisamente, aparte de su valor personal, es lo que me atrae... Por eso me considero su amigo y quiero ganarme su amistad.

No respondió Dick, quien se mantuvo a la expectativa. Deseaba que Marcus se destapase lo posible, aunque comprendía que no sería mucho lo que lograría de él en aquella primera conversación.

—Con esas condiciones que le adornan, amigo mío, yo le puedo proporcionar un empleo que le reportará bastante más beneficio que el que tiene en la actualidad.

—No lo dudo; pero el empleo que tengo es de mi gusto.

—Tengo la convicción de ello, como también de que el empleo que yo le puedo dar, le gustará más aún. Porque no es solamente el provecho particular suyo, sino el beneficio a nuestro país. Es decir, significa dinero y gloria. En el empleo que usted tiene ahora, demasiado obscuro, no obtendrá ni una cosa ni otra.

—A pesar de ello, amigo Marcus... Mi actividad me atrae, tiene unas emociones que no se pueden pagar con nada...

—A mi lado no le faltarán las emociones. Es más, creo que se pueden compaginar los dos empleos; ¡sí, se pueden compaginar! Tengo amistades en todos sitios y lograría que le destinasen a donde nos conviniera a ambos.

—¡Ya! Algo así como ahora, ¿no es eso?

—¿A qué se refiere, amigo Matews?

—He llegado a sospechar que le debo a usted mi destino en Túnez...

—¿Cree usted?... No sé, no se lo podría asegurar. Puede que si alguien lo recomendó a usted, haya hecho alguna gestión en ese sentido. ¿Usted deseaba venir aquí?

—No deseaba venir ni tampoco dejaba de desearlo. Había estado aquí y me volvieron a enviar. Sospeché si sería por el conocimiento que tenía de esta zona. Pero luego me he tenido que desengañar.

—¿Por qué?

—Porque me echan ahora.

—¡No puedo creerlo!

—Debe creerlo, sin embargo. Y mi creencia me dicta que usted no es ajeno a esta cuestión.

—¡Es usted poco político, espantosamente sincero, amigo Matews! Esas cosas no se pueden decir aunque se crean, aunque se tengan como ciertas. Esa sinceridad suele ser funesta para la vida de los hombres. No es el primero que muere de una ingestión de sinceridad.

—Ya lo sé. Pero ¿qué quiere que le haga? Yo soy así. Como podrá apreciar, valgo menos de lo que usted imaginaba. Sus elogios no eran merecidos.

Había cierta dureza en el tono empleado por Dick Matews, cuya mirada resultaba provocativa después de la amenaza implícita en las palabras de Peter Marcus.

Y los dos hombres volvieron a observarse, como midiendo sus fuerzas antes de pasar a la segunda fase de la entrevista.

Pero antes de pasar a ella, Jack Power asomó por la puerta del despacho y anunció, dirigiéndose a Peter Marcus:

—Esa chica está ahí.

—¿Te refieres a la señorita Hyder? Hazla pasar.

Cuando desapareció Jack Power, el financiero se dirigió a Matews.

—Es fiel, muy fiel, este Jack Power, pero no hay medio de meterle una brizna de finura ni de educación en el cuerpo. Está lo mismo que el primer día a pesar de las continuas lecciones que se le han dado. Acabo por dejarlo como cosa imposible.

—Cada cual es como es, Peter Marcus. Usted, que tiene mucho mundo, debe saber eso. El Bronx caló hondo en Power y no hay modo de arrancárselo. En usted coló la ambición hasta puntos inverosímiles y creo que morirá con las botas puestas.

—No me augura usted un buen porvenir a lo que advierto.

—Pues no. Usted ha derrotado a muchos hombres; pero con las instituciones no se puede, aunque imagine lo contrario. Vencerá a unos, corromperá a otros. Yo podré caer, pero detrás de mí vendrán otros que serán tan íntegros como yo o más. Y usted caerá Peter Marcus...

Se levantó Dick Matews, dispuesto a marcharse.

Y el joven añadió:

—La institución le destrozará, porque no hay medios de corromperla, amigo Peter Marcus.

—¿Y quién habla de corromper? Yo no corrompo a nadie. Cuando un hombre me interesa, entra a mi servicio. Y yo busco el bien general. No se marche, por favor. Sería tanto como hacerle un desaire a la señorita Hyder, a la cual tenemos aquí ya.

En aquel momento entraba Betty Hyder, la cual fue capaz de dominar la sorpresa que le produjo la presencia de Dick Matews.

Después de los saludos de rigor, Peter Marcus explicó a Betty:

—El amigo Dick Matews ha venido a despedirse. Me hubiese agradado que trabajase con nosotros. A nuestro lado habría tenido un brillante porvenir. Pero él persiste en el error.

El turno de asombrarse, aunque disimuló perfectamente, le tocó entonces a Dick Matews. No podía imaginar que Betty Hyder estuviese ya en relaciones con Peter Marcus hasta el punto de que éste pudiera manifestarse de la forma que lo había hecho.

Le dolió al joven agente norteamericano ver a la joven en aquel plan. Y prefirió marcharse antes de verse impulsado a la violencia en la propia mansión del financiero.

Iba a inclinarse Dick ante Betty Hyder, dispuesto a marcharse; pero Marcus le detuvo.

—No se marche aún, por favor. Me consta que a la señorita Hyder no le desagrada su presencia y hasta tiene algo que decirle.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, señorita Hyder? —preguntó Dick con voz opaca, sin matices.

—¿Por qué no quiere trabajar con nosotros, señor Matews?

Hemos sido aliados y podemos llegar a ser amigos.

—La respuesta es fácil, señorita Hyder, No soy lo bastante inteligente para doblegarme. Me faltan ductilidad y cobardía...

Palideció ligeramente Betty ante la rudeza de Matews, rudeza que no esperaba. Su voz tembló ligeramente al responder:

—Como quiera. Creo que comete un error.

Peter Marcus se adelantó a la respuesta de Matews, que adivinó dura.

—Indudablemente es un error, señorita Hyder. Nuestro amigo Matews sufre una confusión, considera sin duda que nosotros actuamos al margen de la ley y no hay nada de eso. Usted misma se lo puede decir.

—Así es, señor Matews —afirmó Betty.

—Comprendo el desengaño del amigo Matews —se apresuró a continuar el financiero—. Él la creía a usted agente del servicio británico. No sabía que usted estaba al servicio de un grupo financiero, que ahora le interesan las condiciones que yo le ofrezco y que pasa a estar al servicio del grupo financiero que yo dirijo.

Hizo una pausa Peter Marcus para observar el efecto que sus palabras producían en Matews y continuó:

—El amigo Matews no acaba de comprender tampoco que al colaborar con nosotros sirve a su país y a la causa de la civilización, puesto que no se trata de otra cosa que de poner en explotación fuentes de riqueza que están dormidas, explotándolas en favor de intereses que nos son comunes...

El agente norteamericano le interrumpió de forma un tanto apasionada:

—No quiero entender su lenguaje, Peter Marcus. Y peor para la señorita Hyder si lo entiende y está de acuerdo con él. No me importa caer como mi antecesor, al cual «pescaron» en La Goleta con un puñal en el pecho. No temo a las «indigestiones de sinceridad»...

El financiero se encogió de hombros tal que si se hallase ante algo irremediable:

—Tenía usted razón. Me equivoqué por primera vez en mi vida. Lo consideraré más inteligente de lo que es. En fin, allá usted... No olvide que le tendí mi mano de amigo.

Pulsó Marcus el contacto de un zumbador y a poco apareció

Maxie en la puerta.

—Maxie, acompaña al señor Matews basta la puerta. Hazle tú mismo los honores.

El rostro del pistolero reflejó una cruel alegría.

Había comprendido que Dick Matews y el financiero no se habían entendido y, por tanto, esperaba que éste no tardase en dar la orden de ataque contra el aborrecido agente.

Por su parte, éste, antes de salir, se dirigió a Maxie. El joven agente había recobrado su sentido del humor y dijo con tono irónico a su enemigo:

—Quítate esas ideas de la cabeza, amigo Maxie. Me voy de Túnez. Pero si me quedase, o si en cualquier lugar volviésemos a encontrarnos, en tal ocasión no te tendría compasión.

Una vez en la calle, Dick Matews, en lugar de encaminarse hacia donde había proyectado anteriormente, después de asegurarse de que no era espiado por las gentes de Peter Marcus, volvió a las oficinas con la esperanza de encontrar en ellas al capitán Tracy.

De nuevo reunidos Tracy y Dick, informó éste de lo sucedido con el financiero, así como de su encuentro con Betty Hyder.

—Pese a lo que Peter Marcus le haya podido decir y ella aceptar, Betty Hyder pertenece, o ha pertenecido al menos hasta hace muy poco, al servicio secreto británico. ¿Qué puede haber sucedido entre ellos? No lo sé —dijo Tracy.

—Ni yo tampoco y me agradaría saberlo —respondió Dick—. Y ahora, capitán, escuche la conversación que he mantenido con Peter Marcus. La he recogido en mi magnetófono de reloj. Me hubiese agradado apretarlo más, pero él es de los que no se dejan engañar...

Guardaron silencio los dos hombres mientras era pasado el hilo magnetofónico que recogía la conversación entre los dos hombres, conversación en la que al final había intervenido Betty Hyder.

Luego de escucharla atentamente, la volvieron a pasar.



—No quiero entender su lenguaje, Peter Marcus...

Y Tracy señaló después de la segunda pasada:

—Esa muchacha no actúa con espontaneidad, no es sincera. Obra al dictado, bajo una fuerte presión, aunque se ha intentado presentarla a usted de otra manera.

—Después de volver a escuchar la conversación, he sacado la misma impresión que usted. ¿Qué puede ser ello?

—No puedo saberlo. Es una lástima que la conversación

recogida en una cinta magnetofónica no pueda servir como prueba a un individuo. No es mucho lo que le ha arrancado usted, pero con eso, se le inquietaría seriamente.

—¿Qué hay de las fotocopias? ¿Se han hecho las ampliaciones?

—Sí. Se han hecho las aplicaciones. Ofrecen datos de bastante interés sobre el golpe de Estado que se tramaba. Se hacen alusiones tan claras a Peter Marcus aun sin nombrarlo, que no ofrece duda alguna de que es el alma de la cuestión en lo que al financiamiento del golpe se refiere. Pero, tales fotocopias no serán empleadas, al menos de momento, contra Marcus, y menos como nosotros las hubiésemos empleado. Me las han pedido, las he tenido que entregar y he quedado punto menos que inerme contra nuestro enemigo.

—¿Qué va a hacer con el hilo magnetofónico? —preguntó Dick.

—Conservarlo y tratar de emplearlo en el momento conveniente. Esto, naturalmente, en el caso de que usted me lo ceda. En realidad, no puedo exigirselo.

—Puede disponer de él, capitán Tracy. ¿Sabe algo de mi futuro destino?

—Lo ignoro por completo, teniente.

—Yo he podido observar que Peter Marcus me tiene miedo. Un miedo relativo, naturalmente.

—Lo comprendo. Se ha comprometido demasiado en el asunto suyo, ha demostrado tanto interés, que si ahora le sucediese a usted cualquier cosa, le sería difícil librarse de la acusación que lanzásemos sobre él. Por eso ha tratado de atraerlo.

—Celebro que lo vea así también, capitán. ¿Es necesario que salga de Túnez?

El capitán Tracy no pudo evitar mostrar el asombro que le producía la pregunta de su subordinado. Luego movió la cabeza en sentido negativo, con expresión de disgusto.

—La orden es terminante, teniente.

—Supongamos que no me encuentro bien, capitán...

—No puedo hacer nada; lo siento, teniente.

—Sin embargo, hay quien sí lo puede hacer. Me preocupa la suerte de esa muchacha; quiero que se haga justicia en lo que a muerte de Ilona Marwin se refiere.

—¿Quién lo puede hacer?

—El propio Peter Marcus. La verdad es que no he sido demasiado inteligente.

—Esa jugada es muy peligrosa, teniente. Empezará por amarrarlo, por comprometerlo para que no lo pueda traicionar. Seguramente ha empleado el mismo procedimiento con Betty Hyder y por eso ella no ha tenido más remedio que someterse plenamente.

—Veremos si logra hacer lo mismo conmigo. Contra esa clase de tipos, no se pueden emplear los procedimientos legales normales. Hay que superar esa forma de actuar, aun con los graves riesgos que se corren.

Brillaban los ojos del joven agente de forma extraordinaria al hablar. Se le advertía animado de una inquebrantable decisión de vencer.

Tracy no podía aplaudir exteriormente la decisión de Matews; pero la aplaudía interiormente. Deseaba fervientemente que triunfase.

No quiso ser un obstáculo a la decisión del joven y se encogió de hombros.

—No puedo prohibirle que actúe como piensa hacerlo. Y puede creermme, teniente, que le deseo suerte, mucha suerte.

—No lo ignoro, señor. Muchas gracias.

CAPÍTULO VII

Uno de los componentes del grupo dirigido por el capitán Tracy, penetró en el despacho de éste, después de pedir permiso.

Era el mismo agente que se había encargado de seguir a Betty Hyder por encargo de Matews y del capitán.

—La señorita Hyder está ahí. Pregunta por usted, teniente Matews.

Tracy y Matews se miraron con expresión de asombro. Y Tracy indicó con el gesto a su subordinado que podía ir al encuentro de la joven, la cual había sido pasada a un saloncito.

Betty aparecía bastante serena. Se hallaba sentada y tendió la mano al joven norteamericano.

—¿En qué puedo serle útil, señorita Hyder?

Dick Matews dirigió una rápida, pero analítica mirada a la joven, tratando de penetrar en sus intenciones, de saber si llegaba a él enviada por Peter Marcus o si se trataba de algo espontáneo de ella.

—No quiero que se lleve usted demasiada mala impresión de mí. Mi invitación a que se quedase con Peter Marcus ha sido completamente forzada.

—Había imaginado algo de eso.

—Gracias. Le agradezco que no me pregunte las causas de mi cambio.

—¿Ha existido en realidad un cambio?

La pregunta fue hecha con cierto tonillo impertinente, deseoso Dick Matews de irritar a Betty Hyder. Buscaba hacerle perder los nervios para conocer hasta qué punto era sincera.

—Usted sabe perfectamente que sí ha existido. Fui su aliada, una aliada leal. Usted fue menos leal puesto que no pensaba darme las

fotocopias si las lograba.

—No debe hacer caso de eso. Frente al enemigo tenía que reservarme mi juego real, para engañarle. Ya sabe usted que ellos no lograron las copias.

—Ya lo sé. Fue usted quien las logró más tarde. Y, sin embargo, no ha cumplido su compromiso conmigo.

—No puedo facilitar material al enemigo. Usted, aunque la hayan forzado las circunstancias, es ahora mi enemigo.

—Es cierto. Pero usted lo ignoraba y, no obstante, no hizo nada por encontrarme y facilitarme los datos que me debía.

—Son las circunstancias las que nos obligan a realizar cosas que no habíamos deseado hacer; o a dejar de efectuar otras que hubiera sido de nuestro gusto llevar a cabo. Y desde que nos separamos anoche hasta ahora, han sucedido muchas cosas, tal vez demasiadas. Y usted ignora bastantes de ellas.

—Tal vez menos de las que usted imagina —respondió Betty Hyder—. Pero no debo cansarle más. Sólo me resta pedirle una cosa.

—Si está en mi mano concedérsela, cuente con ella.

—Si está en sus manos... ¡No se quede en Túnez! ¡Márchese cuanto antes!

Advirtió Dick Matews vibraciones emocionales de las que no engañan, en la voz de Betty Hyder, cuyo gesto se tornó implorante.

—No sé por qué imagina usted que voy a quedarme en Túnez. Peter Marcus dijo bien claro delante de usted que yo iba a despedirme. Y él es hombre que está bien informado, mientras no se demuestre lo contrario.

—Él sabe que usted debe irse. Pero él tiene la absoluta seguridad de que usted se quedará o, al menos, hará lo imposible por quedarse.

—¿Y qué va a suceder si me quedo?

—¡Le matarán, no le quepa la menor duda! Usted ha tomado este asunto como cosa personal. Él lo sabe, se ha podido dar cuenta de ello y lo aniquilará. Su negativa a actuar a su lado, le ha herido en lo más vivo...

—Era de suponer. Pero él puede estar tranquilo. Usted me ha pedido que me marche y yo no puedo negarle semejante cosa. Me marcharé...

Lo dijo con tono mordaz, hiriente.

Creyó Matews que Betty Hyder iba a saltar, pero se equivocó. Hizo un gesto de resignación a tiempo que se levantaba.

—Estaba casi segura de que no me haría caso. No obstante, mi obligación era venir a advertirle.

—¿No saben nada, Marcus y su gente, de que venía usted aquí?

—¿Qué quiere decir?

Se irguió la joven orgullosamente. Pero Dick no se arredró y contestó con el mismo tono hiriente:

—Sencillamente; que pueda ser Marcus mismo quien la ha enviado aquí para conocer mis intenciones. Así es que no necesita continuar su comedia.

—¿Quiere decir usted que...?

—¿Qué pensaría usted en mi caso? —interrogó él.

—¡Oh! ¡Temo que me he equivocado!

—Todos nos equivocamos. Yo había pensado quedarme para defenderla a usted. Creí que se trataba de otra cosa.

—No sé qué es lo que usted se ha creído; pero sea lo que sea, resulta usted odioso. ¡Hasta nunca, Dick Matews! En fin de cuenta, quería únicamente pagarle una deuda de gratitud. Anoche me salvó la vida. Pero usted no ha querido cobrarla y ahora me da ya lo mismo.

Sin aguardar a que Dick le abriese la puerta del gabinetito, echó a andar, abriéndola ella misma; y así continuó hasta la salida, donde el agente que la había anunciado, le abrió la puerta al no advertir ningún signo en contra de Dick Matews.

Salió ella orgullosamente, sin volver atrás la vista.

Al cerrarse la puerta a espaldas de Betty, Dick Matews se encontró con el capitán Tracy, al cual dijo:

—¡Convendría seguirla! Y es posible que sea necesario defenderla.

—He escuchado la conversación y he tomado mis medidas en ese sentido. Supongo que, después de lo que ella le ha dicho, habrá desistido de sus propósitos. Ahora debe marchar. Deje esto en nuestras manos, teniente Matews.

—Sería la primera vez en mi vida que hubiese retrocedido, capitán. Voy a ver a Peter Marcus, a decirle que me he equivocado antes y que rectifico.

—Él no le va a creer. Recuerde lo que la señorita Hyder le ha dicho.

—Precisamente es lo que necesito. Que él no me crea...

Dick Matews salió.

El capitán Tracy llegó a pensar de él si no estaría un poco desequilibrado a consecuencia de los últimos acontecimientos vividos.

—Sea como sea, no puedo, no debo interponerme en su camino —murmuró.

No tardó Dick Matews en llegar a la mansión del financiero, el cual se disponía a salir.

Peter Marcus no dejó traslucir la menor emoción, el más mínimo asombro, cuando el joven se le acercó.

—¿Viene usted a decirme que ha entrado en razón? —interrogó el financiero.

—Exactamente. Cada vez me convenzo más de que no es usted de los que se equivocan con facilidad.

—Yo estoy convencido de lo mismo —respondió Marcus; y añadió:

—¿Qué es lo que le ha hecho variar?

—En realidad, no he variado. En el fondo, dentro de mí, ya se había operado esta evolución; pero por una parte no me había dado cuenta exacta de ello y por otra, no quise fiarme anteriormente de Betty Hyder.

—¿Por qué? —preguntó Marcus sintiéndose realmente interesado por las ideas de Dick Matews.

—Sería difícil de explicar, amigo Marcus. En muchas ocasiones dejo hablar al instinto y él, jamás se equivoca. Los tropezones comienzan para mí cuando la razón se empeña en menospreciar los avisos que me da el instinto...

—Tiene razón. Yo soy un intuitivo y estoy en condiciones de comprenderle. Muchos de mis éxitos se deben a eso. Y así, mientras los demás están intentando razonar aún, yo me he lanzado ya a la acción y, naturalmente, les he ganado por la mano. Estoy seguro de que nos vamos a entender perfectamente.

—Y yo también.

Peter Marcus tendió la mano derecha y Dick Matews la estrechó.

En el rostro de Maxie, que se había detenido a cierta distancia

de los dos hombres, había estereotipada una sonrisa que hubiese hecho pensar bastante a otro que no fuese el audaz Dick Matews.

—¿Tiene inconveniente en quedarse en Túnez?

—Me es indiferente. Iré a donde pueda hacer falta.

—La verdad es que ahora estamos un poco volcados aquí. Es lo que requiere mi atención. Lo demás marcha solo y no me necesita.

—Pues me quedaré en Túnez. Pero se ha de hacer la gestión rápidamente.

—Debo marchar ahora a realizar unas gestiones y de paso realizaré la suya. Mañana a más tardar, estará aquí la orden para que no salga de Túnez —aseguró el financiero.

—Es lo que deseo. Y más adelante, pediré la excedencia. Quiero disfrutar de libertad.

—Hace usted muy bien. La libertad es lo que con más interés debe conservar un hombre. Le aguardo esta noche a cenar; tendré noticias. ¿Le parece bien? —interrogó Peter Marcus.

—Me parece magníficamente.

La conversación se había mantenido en la calle, cerca del automóvil del financiero, el cual ofreció un lugar a Dick.

—¿Desea que le deje en algún sitio?

—Gracias, pero la verdad es que no tengo a donde ir. Hoy me pertenece el tiempo casi por entero, a excepción de la gestión del pasaporte que haré normalmente.

—No vale la pena, pero si usted lo considera necesario, hágalo.

El financiero se volvió hacia su guardaespaldas.

—Vamos, Maxie. ¡Ah! Y ya has oído. El señor Dick Matews es mi amigo.

La sonrisa de Maxie permaneció inalterable; sus ojos brillaron con expresión indefinible que tenía mucho de inquietante.

Momentos después se alejó el automóvil. Dick permaneció inmóvil hasta que lo hubo perdido de vista y luego echó a andar a paso normal, dispuesto a realizar la gestión de su pasaporte tal que si no hubiese tomado decisión alguna con Peter Marcus.

—Ahora, ya estoy metido en la boca del lobo.

Terminada la gestión, volvió a entrevistarse con el capitán Tracy.

—Parece que está usted satisfecho, teniente.

—Así es, señor. Tengo motivos para estar satisfecho. He

convertido un enemigo en amigo. Me refiero a Peter Marcus. Esta noche ceno con él, en su casa. De aquí a entonces habrá logrado el hombre que sea retirada la orden de mi traslado y, por tanto, quedare aquí. Pero inmediatamente pediré mi excedencia y él la apoyará.

—¿Qué planes tiene, teniente?

—El único plan que tengo es terminar con Peter Marcus. Si no puedo terminar con él por procedimientos legales, cuando llegue mi excedencia, terminaré como sea, pero terminaré con él. Por lo demás, es inútil que trate de hacer planes, porque él es bastante para hacerlos fracasar.

—Algo así le quería decir.

—Actuaré según la inspiración de cada momento.

—Debiera prohibirle que actuase de esa forma, teniente.

—Ya lo imagino. Pero no lo hace porque sabe que me sometería a su disciplina exactamente el tiempo que tardase en llegar mi excedencia.

—Exactamente. Sé que todo sería inútil. Y como yo también estoy deseando que Peter Marcus deje de constituir una pesadilla para nosotros, como estoy harto de que gracias a sus influencias neutralice nuestro trabajo, nuestros esfuerzos, pues, ¡adelante, teniente! ¿Qué puedo hacer en su ayuda?

—Pedir mi traslado, al propio tiempo que yo pido la excedencia. Y luego, mantener sobre mí una vigilancia discreta, pero lo más estrecha posible. A nuestros compañeros no les extrañará la cosa cuando sepan que me he hecho amigo de Peter Marcus.

—¿Y va usted a cargar con esa sombra de duda?

—¿Y por qué no, cuando estoy dispuesto al sacrificio de mi vida?

—Es cierto.

—Otra cosa, capitán. Mientras yo no de nada en contra de ella, si Betty Hyder acude a ustedes de mi parte o por iniciativa propia, considero que deberán atenderla.

—¿No cree que eso es demasiado arriesgado, teniente?

—Creo que vale la pena correr el riesgo. Usted la ha oído. Ella ha tenido que someterse a Marcus. Ignoro las causas, pero estoy seguro de que le odia y que será mi aliada, aunque ella ignora y continuará ignorando por el memento este propósito mío.

—Comprendo. Quiere usted mantenerla alejada del peligro que puede suponer para ambos que les consideren amigos.

—Exactamente. Y he comenzado por manifestar ante Marcus, cierta desconfianza hacia ella. Pueden ocurrir dos cosas. Que él no se fíe de semejante actitud mía y resulte un cálculo perdido, o que el imagine que mi desconfianza hacia ella parte del principio de mi deslealtad hacia él. Es esto último lo que trato de lograr.

—Muy sutil, teniente. Pero como Peter Marcus debe ser también bastante sutil, es un buen procedimiento para engañarlo.

—Naturalmente. Si se tratase de otro, por ejemplo, de Jack Power, no emplearía semejante procedimiento...

* * *

Días después. Dick Matews, que había recibido contraorden en lo que a su traslado se refería, fue llamado por Peter Marcus, a cuya casa acudió.

—Amigo mío, temo que se ha precipitado usted al presentar esa petición de excedencia. Debí de haber contado conmigo antes de dar semejante paso.

—Ya le advertí que haría algo de eso. Luego se precipitaron las cosas y no tuve más remedio que hacerlo.

—¿Motivos?

—El capitán Tracy solicitó mi traslado. Eso era una nota negativa para mí y mi única salida digna era solicitar la excedencia.

—Se podía haber contestado con un contragolpe. Haciendo que trasladaran a Tracy.

—No estimo conveniente abusar de las influencias que pueda usted tener en semejante sitio. Podrían llegar a sospechar.

—No lo crea. Sé hacer las cosas. Y a mí me interesaba más que usted estuviese dentro del servicio.

—Entendámonos, Peter Marcus. Yo soy su amigo, estoy dispuesto a servirle; pero no debe pensar en que voy a poner a su servicio mi empleo dentro de la institución en la cual presto servicios por ahora. No me enfrentaré tampoco con mis compañeros y, menos, de una forma solapada.

—Temo, amigo Matews, que mantiene usted un prejuicio absurdo en contra mía. Yo no pienso enfrentarlo, ni a usted ni a

nadie, con la institución a que pertenece en la actualidad. Yo lucho por tener la hegemonía de la producción de petróleo de nuestro mundo occidental, o al menos, dominar en las principales fuentes de producción. Quien es dueño de un material estratégico es dueño del mundo y yo lo seré. ¿Y en beneficio de quién cree usted que voy a aprovechar semejante dominio? ¡De nuestro país! ¿No lo ve usted así?

—Presenta usted la cosa de una forma bajo cuyo aspecto no se me había ocurrido analizarla.

—Ya me he dado cuenta —respondió Marcus en tono triunfal— y por eso mismo quiero hacérselo ver. ¿A qué cree usted que se debe mi influencia? ¡Precisamente a eso! Ustedes y yo trabajamos con un mismo fin: El servicio de nuestro país. La diferencia estriba en que ustedes lo hacen desde un puesto que pertenece a la organización del Estado y yo lo hago particularmente. Pero nuestra meta, es la misma.

—Siendo así...

—¡Naturalmente! La ventaja para mí es que, de paso, me lucro con semejante trabajo mientras que ustedes apenas si pueden vivir. Y como me he dado cuenta de que usted vale, le he llamado a mi lado. Y usted prosperará si me hace caso.

—De todas formas, el pedir la separación del servicio era ya una cuestión de ética.

—Bien, no tiene ya importancia. Una vez aclarados los conceptos, vamos a lo nuestro. Se trata de un trabajo en el cual me interesa que actúe usted. Aparte de su pericia, podría surgir algún roce que yendo usted, se puede evitar. Existen incomprensiones, usted mismo las mantenía...

Se detuvo Peter Marcus, dejando que Dick Matews adivinase el fondo de sus intenciones.

—Comprendo. ¿De qué se trata?

—Algo de lo que Ilona le habló antes de morir...

Dick Matews se sintió observado por el financiero al hacer semejante declaración; pero el joven agente se mantuvo impassible, tal que si lo sucedido con Ilona no le afectase en lo más mínimo.

Peter Marcus continuó:

—Ilona llegó a odiarme. Parece que se sintió defraudada conmigo y no hay peor cosa que defraudar a una mujer. Y es ella la

que ha envenenado este asunto, asunto que con su ayuda vamos a enderezar. Y no crea, amigo Matews, que he logrado poco con romper sus prejuicios.

—¿En tanto estima usted mi opinión?

—La tengo en mucho; pero tengo en más aún su acción. Usted no interesa como enemigo, lo confieso. Resulta temible —dijo el financiero sonriendo, dando una cariñosa palmada en la espalda al agente.

—Exagera usted mis méritos, amigo Marcus.

—¡No! Sé bien lo que digo. Ya ve al final no me equivoqué con usted y resultó tan inteligente como yo había imaginado.

—Tendré que aceptarlo como bueno —concedió cordialmente Matews—. La verdad es que no había vuelto a pensar en ello.

—Se trata, pues, del petróleo argelino. Las noticias que tengo son estupendas. Unos yacimientos que no tendrán nada que envidiar a los del Oriente próximo y que deben venir a nuestro control. ¿Imagina la importancia del petróleo si se desatase una nueva guerra? Tal vez haya perdido algo de su importancia con relación a la pasada, puesto que se utilizará la energía atómica... Pero el transporte, tanques, etc., continuarán usando gasolina...

—Sí. Estoy convencido de que el petróleo y sus derivados seguirán desempeñando un papel primordial.

—Pero para lograr el control del petróleo argelino, hemos de saber jugar con acierto una baza política, algo sumamente delicado; estoy seguro de que me comprende.

—Cada vez mejor. Lo que me dijo Ilona me había hecho pensar en ello ya, y ahora lo tengo más claro.

—Ella tenía una clara visión de las cosas cuando no quería enredarlas. Ha sido una verdadera lástima. En fin, continuemos con lo nuestro. Se necesita entrar un importante «stock» de armas que aparentemente van destinadas a los rebeldes argelinas.

—¿Y no van a ellos?

—¡Naturalmente que no! Van destinadas a un grupo político tunecino y a su correspondiente argelino. No queremos extremismos que pueden sernos fatales, ¿me entiende?

—Perfectamente.

—Vamos, pues, al plan concreto.

Peter Marcus sacó un mapa bastante extenso y detallado de la

zona por donde se debía llevar a cabo el contrabando y dio comienzo a la exposición de su plan.

Cuando hubo terminado, expresó:

—Espero que no me defraude, Dick Matews. Esto es una prueba que hago con usted. El cincuenta por ciento del beneficio que produzca esa operación, será para usted. Le quedarán unos doce mil dólares limpios. El treinta por ciento será para Maxie, que le ayudará y el otro veinte por ciento, para mí. ¿Qué le parece?

—Que no está mal.

—Procuro ser equitativo. Me agrada trabajar con armas porque deja bastante más rendimiento que el trigo, el azúcar o cualquiera otra cosa de las que también necesitan los que luchan.

—¿Cuándo he de partir?

—Saliendo de aquí por la mañana, llegarán con tiempo de sobra. Tendrá que pedir autorización a Tracy.

—¿Para qué? Él sabe que estoy trabajando. Nosotros tenemos cierta, autonomía. Ya le explicaré mi ausencia cuando regresemos.

—Como guste. Tiene el tiempo libre hasta mañana a las siete.

—Me voy un rato a la biblioteca y me acostaré aquí mismo. Así estaré mañana en mejores condiciones.

Extrañó bastante a Peter Marcus la decisión de Dick Matews, pues esperaba que éste fuese a entrevistarse con el capitán Tracy, para ponerlo en antecedentes.

Salió Dick en dirección a la biblioteca y, apenas quedó solo Peter Marcus, se le reunieron Jack Power y Maxie.

—Un poco extraño este muchacho —dijo el financiero aludiendo con un movimiento de cabeza a Dick—. Estaba seguro de que aprovecharía el tiempo para comunicar el plan a Tracy, pero me ha defraudado.

—Puede que él chico vaya de buena fe —aventuró Jack Power, aunque se advertía claramente que no estaba muy seguro de lo que decía.

—¡En absoluto! Es un pájaro de cuidado... En fin, ya que él no avisa a Tracy, emplearé a Betty Hyder. Lo haré con habilidad para que no sospeche.

Maxie se atrevió a hablar:

—Todo eso es muy complicado. Creo que lo más claro sería liquidaros aquí y arrojarlos a La Goleta.

—¡No seas bárbaro, Maxie! Ya hay bastante con Rogers y con Ilona. Además, con este plan no tiendo a suprimirlos a ellos únicamente, sino a promover algo que obligue a Tracy y a sus otros sabuesos a salir del país dejándome el cambo libre. Déjame hacer y cuida lo tuyo. De no haber sido tú un torpe la otra noche, ninguno de los dos lo contaría ahora.

* * *

Dick Matews sabía que encontraría a Betty Hyder en la biblioteca, la saludó con una leve inclinación de cabeza, tomó un libro y se sentó a cierta distancia de donde estaba ella.

Antes de iniciar su tarea, observó el gesto de contrariedad de la joven, que pareció dispuesta a marcharse.

Dick abrió el libro que había tomado y dio la sensación de que se enfrascaba en su lectura. Y con la contera del lápiz, comenzó a golpear sobre la mesa, con golpecitos leves y rápidos que no tardaron en llamar la atención de la joven, la cual pudo darse cuenta de que le decía empleando el alfabeto Morse:

«¡Atención! No muestre extrañeza. Responda si me ha entendido».

A la tercera llamada, recibió Dick el anhelado «entendido», comenzando entonces a dar sus instrucciones a Betty, pidiéndole de tanto en tanto su asentimiento.

Cuando hubieron terminado, fue Dick el primero en salir para dirigirse a su departamento.

Y casi al mismo tiempo Peter Marcus era informado por uno de sus servidores:

—Han estado en la biblioteca, pero ni se han hablado, ni casi se han mirado. Y si alguna vez se han mirado, parecía que se miraban con odio.

—¿Estás seguro de que no ha habido más que eso?

—Seguro. Él parecía muy nervioso. No cesaba de dar golpecitos en la mesa con la contera de su lápiz.

—¿Unos golpecitos? ¿Por ejemplo, así?

El financiero emitió una corta frase golpeando en la mesa, tal como lo había hecho Dick para comunicar con Betty.

—Algo así era, sí, señor.

—Sí, no hay duda que era eso. ¡Pues eres un estúpido, porque debiste haber avisado inmediatamente! ¡Quítate de mi vista!

Apenas hubo salido el criado, murmuró Marcus:

—Veré a Betty. Es posible que todo haya salido con arreglo a mis propósitos, aunque me hubiese convenido estar seguro. ¿Qué otra, cosa puede haberle dicho como no sea darle el informe para que se encargue ella de transmitirlo? ¡Eres muy listo, Dick Matews, pero a pesar de ello, has picado en el anzuelo que te he tendido!

CAPÍTULO VIII

El pequeño convoy compuesto por borriquillos morunos cargados con el armamento, caminando por terreno duro, abrupto, por el que difícilmente hubiesen podido marchar cargadas otro tipo de bestias, iban acercándose al lugar que Peter Marcus había señalado en el plano a Dick Matews, como punto de reunión para hacer entrega de las armas.

Le había señalado Marcus a Dick que no debería preocuparse por la identidad de los que se debían de hacer cargo de las armas.

—En ese sentido, debe descansar en Maxie. Él los conoce porque ha acompañado en otras ocasiones a los que han realizado la entrega.

Dick Matews hacía largo rato que observaba a Maxie, procurando no separarse de él, manteniéndose a sus espaldas.

Advertía el joven agente que el pistolero hacía ya largo rato que intentaba despistarse, si bien no osaba hacerlo, posiblemente al observar la vigilancia de que era objeto, vigilancia que le iba poniendo nervioso.

Tanto Maxie como Dick iban bien armados, empuñando sendas «metralletas».

En más de una ocasión habían dado ambos la sensación de que se buscaban con las respectivas bocas de fuego.

Dick Matews se había mantenido constantemente en vigilancia y su mirada había llevado al convencimiento de Maxie que si intentaba disparar, recibiría instantáneamente la adecuada respuesta.

Y Maxie había recibido ya muestras sobradas de la peligrosidad de su mortal enemigo, para aventurarse, sin estar bien seguro de que aquél no le podría responder.

Llegó el momento en que Maxie no pudo más y dio la señal de hacer alto, dirigiéndose de forma bastante resuelta a Dick Matews, que preguntó antes de que el otro hablase:

—¿Qué sucede ahora? No hemos llegado aún.

—Pero estamos cerca ya y debo explorar el terreno. Eso que va ahí, vale demasiado dinero para exponernos a una sorpresa y perderlo todo.

Intentó marchar sin aguardar la respuesta del agente norteamericano, pero éste le retuvo.

—¡Quieto, Maxie! Parece que olvidas que soy yo quien lleva la dirección de esto. Si hemos de ser sorprendidos, resultará lo mismo si vas tú de exploración que si te quedas aquí. No podemos huir de noche, en este terreno y con esa carga. Así es que aguanta con los demás y en marcha. Y frena ya esos nervios.

Habló Dick Matews un poco en *gángster*, como si fuese salvando ya la distancia que mediaba entre su empleo oficial y el trabajo a que se dedicaba en aquellos momentos.

El rostro del pistolero, al verse contrariado, al advertir que peligraba su libertad y posiblemente su vida; que tropezaba con un obstáculo nada fácil de salvar para llevar a cabo las instrucciones recibidas, reflejó una fría impasibilidad que le traicionó.

Con semejante gesto había tratado de engañar a Dick a tiempo que buscaba el cuerpo de éste en rápido movimiento con la boca de su ametralladora; pero antes de que hubiese logrado disparar, ya había pulsado Dick el disparador de su arma, que comenzó a vomitar proyectiles.

Sintió Maxie un agudo dolor en el brazo y mano derechos, viéndose obligado a soltar la ametralladora antes de poder disparar un solo proyectil. El brazo le cayó inerte, mas no por ello se dio por vencido.

Maldiciendo, rugiendo de dolor, desplazó rápidamente su mano izquierda en busca de la pistola.

Dick Matews advirtió el peligro y volvió a disparar una segunda ráfaga, que le destrozó el hombro izquierdo.

Deseaba coger vivo al pistolero; necesitaba hacerle hablar primero y que le sirviese después de testigo de cargo en contra de Peter Marcus.

El pistolero se vio perdido y no vaciló. Había trabajado con los

rifeños que les acompañaban en diferentes ocasiones y aunque nunca se había comportado bien con ellos, esperaba su auxilio porque era quien al final les pagaba.

Conocedor de la codicia de aquellos seres, gritó:

—¡Hay cinco mil dólares en oro al que le de caza, al que lo mate!

Pero Dick Matews no en vano había estado ya anteriormente en Túnez; ni ignoraba la gente que tenía frente a sí, ni lo que arriesgaba, y se había situado en posición dominante, con las espaldas a cubierto.

—¡Quietos todos! ¡Al que se mueva lo coso materialmente a balazos!

Lo repitió en el idioma empleado por los montañeses, para que nadie pudiese ignorar el significado de su actitud, aunque estaba seguro de que su ademán había sido tan gráfico, su actitud tan clara, que no había lugar a dudas.

Los rifeños se mantuvieron inmóviles.

En las horas que llevaban junto a Dick Matews, sabían ya bastante de la energía y la decisión de éste para arrostrar, ni por la cantidad ofrecida, ni por el doble, el certero fuego que brotaría inmediatamente de la ametralladora del joven.

Maxie adquirió la conciencia de su fracaso e insultó a los montañeses:

—¡Cobardes!

Destelló un arma blanca en manos de uno de los montañeses, dispuesto a vengar el insulto, y nuevamente se hubo de imponer Dick Matews, en esta ocasión para que el pistolero no fuese acuchillado.

—¡Vamos adelante! —tronó la voz de Dick Matews—. ¡Que no se rezague nadie! ¡No quisiera tener que perder la paciencia! ¡La mercancía tiene que llegar a destino rápidamente, todos lo sabéis!

El convoy se puso de nuevo en marcha con la lenta pereza propia de aquellas gentes que, en particular después del incidente, marchaban completamente a disgusto.

Maxie, vencido, dio la sensación de hallarse resignado con su suerte.

Aquella expresión significó una advertencia, para Dick, que lo obligó a marchar un par de pasos delante de él.

—¡Marcha tú también y nada de trucos! ¡Si intentas fugarte te acribillo! ¡Habéis calculado mal vuestras posibilidades!

Caminaron en silencio alrededor de quince minutos más, llegando al punto donde, según las instrucciones recibidas de Peter Marcus, debían entrar en contacto con los que se debían hacer cargo de las armas.

El gesto de resignación de Maxie se trocó en expresión de insana alegría cuando una voz, dominando el natural ruido de las acémilas y los hombres, conminó:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Estáis rodeados y al que se mueva, lo acribillaremos!

Maxie apostrofó a Dick, que había permanecido inmóvil después de la intimidación.

—¿No defiendes las armas, cobarde?

Iba a continuar, pero Dick le cortó la palabra, observando con tono burlón:

—Es inútil que disimules, Maxie. Sé que ésta es la trampa que me habíais tendido. Pero lo que no podías imaginar es que la trampa se ha vuelto en contra tuya y te vas a convencer pronto, muy pronto. Es muy difícil vencer a los hombres del servicio secreto.

Los rifeños parecían aguardar órdenes, dispuestos a defender el convoy si se les ordenaba. Pero Dick les dio la orden de no hacer resistencia y los gritos de Maxie en contrario, cuando se dio cuenta de que en realidad era Dick el vencedor, no fueron escuchados.

Fuerzas de policía y del ejército tunecino rodearon inmediatamente a los rifeños y a los dos norteamericanos, los cuales no tardaron en divisar al jefe tunecino que dirigía la operación, el cual iba acompañado por otro agente compañero de Dick.

Los dos agentes se estrecharon las manos efusivamente y Dick fue presentado al jefe tunecino, que le dio las gracias por su colaboración. Mientras el tunecino se encargaba a continuación de incautarse de las armas y de los hombres, Dick se dirigió a Maxie:

—Te dije que en nuestro próximo encuentro no tendría compasión de ti. ¿Dónde prefieres ser enterrado? ¿Aquí o en el mismo Túnez? Mejor aquí, ¿no es eso? Así te librarás de la cólera de Peter Marcus por haber fallado...

Al hablar de aquella forma, le apuntaba con su pistola. Maxie,

como la inmensa mayoría de los criminales de aquel tipo, era cobarde y retrocedió, reflejando su rostro el terror que sentía.

—¡No puedes hacer eso conmigo! ¡Estoy herido, indefenso! Si he cometido alguna falta, que se me juzgue, pero no puedes hacer eso...

—¿Podías tú matar a Ilona Marwin? Y sin embargo, lo hiciste. No merece la pena que se pierda el tiempo en juzgarte...

—¡Yo no la maté! ¡Fue Jack Power! ¡Lo ordenó el jefe! Quería que aparecieses tú como su asesino...

—No está mal tramado, pero eso ya lo sabía. Si no tienes otra cosa mejor que darme, creo que te mataré de todas formas...

—¡Estoy herido! ¡No se puede hacer eso!

Maxie, debilitado por el dolor que le producían las heridas, realmente acobardado, estaba en su momento y Dick lo supo aprovechar.

—¡Un bandido como tú no merece miramiento alguno! ¿Cuál era tu misión a mi lado? Porque Peter Marcus sabía que aquí nos estaría esperando la policía. Me dio el plan con tiempo suficiente para que yo pudiera avisar a los míos.

Los conocimientos de que daba muestras Dick, terminaron de vencer a Maxie, que respondió:

—¡Sí, él lo sabía! Me había ordenado que antes de llegar aquí, yo debía desaparecer y cuando cayeses en poder de la policía, debía disparar y matarte. Habría tiroteo y así pasaría como que habías sido muerto al hacer resistencia a las fuerzas tunecinas...

—Bien tramado... ¿De verdad quieres vivir, Maxie?

—¡Yo no he hecho nada para morir!

—Pues habrás de mantener esa declaración cuando se te pregunte. Y no tengas miedo a Peter Marcus. A estas horas, él no estará en mejor situación que tú, y ni podrá defenderte ni tampoco hacerte daño.

La policía tunecina se hizo cargo de Maxie. El jefe que había dirigido la operación, se dirigió a los dos agentes norteamericanos:

—Esto ha salido bastante mejor de lo que había imaginado. Ahora, vamos. Me agradaría estar presente en la otra fase de la operación. Y como el helicóptero nos está aguardando, puede que lleguemos a tiempo...

Cuando el helicóptero tomó tierra después de un vuelo que duró poco más de treinta minutos, la primera persona a quien divisó Dick Matews al saltar a tierra, fue al capitán Tracy, que le estrechó la mano efusivamente.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo ha ido todo por allí?

—Se ha deslizado todo bien. He tenido que inutilizar a Maxie, pero nada más. Y al final ha confesado. Espero que en esta ocasión sobrarán las pruebas.

—Eso espero.

—¿Cómo han ido aquí las cosas? Parece que ha terminado todo. Hemos llegado un poco tarde.

—Aquí todo ha sido un poco más difícil. Los conspiradores, cuando se vieron cercados, trataron de escapar abriendo brecha a tiro limpio y hubo que hacer fuego. Jack Power está bien tocado.

—¿Y Peter Marcus?

—Él quedó tranquilamente en Túnez. Pero alguno de los que han caído le acusa y además se han cogido algunos documentos que le comprometen. Esta vez no le valdrán sus influencias.

—¿Y Betty Hyder? ¿No ha venido con ustedes?

—Quedó en reunirse con nosotros, pero después no vino y llegó la hora de partir. No se equivocó usted. Es una chica leal...

—Una chica leal que ha quedado allí completamente abandonada. Sus antiguos compañeros de servicio desconocerán su situación y nosotros, que debiéramos estar a su lado, estamos aquí.

—La verdad es que no se me ha ocurrido pensar en ella. Pero aguarde un momento y veremos de encontrar una solución... Posiblemente a estas horas en Túnez se estará preparando la detención, no solamente de Peter Marcus, sino de todas las personas de relieve comprometidas en el movimiento sedicioso.

Minutos después, Dick Matews, en compañía del capitán Tracy y dos jefes tunecinos, se dirigían, en uno de los helicópteros de que se habían servido, hacia la capital tunecina.

Despuntaba el día cuando divisaron «la ciudad blanca», a la cual se acercaron rápidamente.

Dick Matews sentíase intranquilo, dominado por un terrible presentimiento. La muerte de Ilona estaba demasiado reciente y él

conocía sobradamente lo que era la crueldad de Peter Marcus.

* * *

Amanecía cuando un lujoso automóvil se detuvo ante la mansión de Peter Marcus.

Del automóvil descendió un árabe de majestuoso porte, que no habría rebasado los cuarenta años, vestido totalmente de blanco y tocado con turbante también blanco.

Al mismo tiempo que él, saltó del automóvil un servidor, el cual se le adelantó, apresurándose a tirar de forma enérgica de la campanilla que pendía a uno de los lados de la puerta de hierro que daba paso al jardín.

El jardinero de Peter Marcus, que hacía de jardinero y de vigilante a la vez, y que se hallaba trabajando en el jardín, al levantar la vista y reconocer al importante visitante, se apresuró a dejar las tijeras para correr a abrir.

—¡Llévame hasta donde está tu amo! —ordenó imperiosamente el árabe.

—Sí, señor. Debe estar levantándose ya. El madruga siempre.

No exageró el jardinero, pues apenas pusieron pie en el interior de la casa, el propio Peter Marcus, que había oído la llamada y había reconocido a su madrugador visitante cuando éste atravesaba el jardín, se adelantó a saludar al árabe:

—¿Qué suceda para que mi buen amigo Sidi-el-Zahur me honre con su visita cuando apenas si el día ha despertado?

Aguardó el árabe a que se retirase el criado que lo había conducido hasta allí y una vez solo con Peter Marcus, respondió con voz sombría:

—Hemos sido traicionados. Nuestros amigos y el cargamento de armas, todo ello ha sido apresado.

Peter Marcus mudó de color, convirtiéndose el moreno de su rostro en un color verdoso tirando a tierra.

—¡Eso es imposible! Nadie sabía nada de ese cargamento; y yo, incluso, apunté hacia otro sitio, sacrificando unas armas, para que se concentrase la vigilancia allí y se desgarneciese la zona de nuestras operaciones reales.

—Pues han dado caza al convoy, ha habido heridas por ambas

partes, tal vez muertos, no lo sé aún. Y es algo terrible. Alguno de ellos puede hablar y si es así estamos perdidos.

—Perdidos... —repitió Peter Marcus como un eco.

Su mirada se fijó acusadora en el rostro de Sidi-el-Zahur.

—Todo ha comenzado a marchar mal desde que usted se empeñó en «proteger» a Ilona, pese a mis serias advertencias.

—No admito que nadie se inmiscuya en mi vida particular —respondió sordamente Sidi-el-Zahur.

—Cuando se tienen determinadas ambiciones y se lucha en el plan que estamos luchando nosotros, no se puede uno permitir el lujo de tener vida particular —dijo Peter Marcus, con dura expresión.

—Ella no ha podido intervenir en este último asunto...

—En eso estamos de acuerdo —respondió Peter Marcus, con un tono que revelaba la crueldad de su carácter—. Pero fue ella la que nos echó encima a los hombres del servicio secreto americano... Ahora veremos si logramos saber de dónde ha partido el golpe, para obrar con conocimiento de causa y ver la forma de neutralizarlo.

—¡No creo que haya tiempo que perder, Peter Marcus! Si alguno de ellos ha hablado, mi detención es inminente.

—Nadie sabe que está usted aquí, supongo. Y a mí no vendrán a detenerme. Tendrían que pedir antes autorización a la Embajada de mi país y me enteraría inmediatamente, antes de que pudiesen llegar aquí. Venga conmigo.

Llamó Peter Marcus a uno de sus servidores y le dio el encargo de que avisase a los vigilantes para que no dejaran pasar a nadie.

—Despierta a toda la gente y que esté dispuesta. Es posible que salgamos de viaje. Preparad los automóviles...

Una vez dadas semejantes órdenes, Peter Marcus condujo a Sidi-el-Zahur hasta una pieza interior, a cuya puerta había un vigilante. Abrió la puerta sin previo aviso.

Betty Hyder se hallaba levantada y vestida, a pesar de la temprana hora, y no se mostró en absoluto sorprendida al ver irrumpir en la pieza a Peter Marcus, seguido de Sidi-el-Zahur, al cual conocía bien.

El árabe sí se sintió sorprendido al reconocer a la joven, a la cual trató Peter Marcus sin miramiento alguno.

—Además de lo que me dijo a su vuelta, ¿qué fue lo que le

ordenó Dick Matews que transmitiese a Tracy? —preguntó con rudeza.

—Si es qué no se fía de mí, ¿por qué no se lo pregunta a él mismo?

El financiero respondió de forma violenta e imprevista, cruzando la cara de la joven con una serie de bofetones que hicieron oscilar su cabeza a un lado y a otro.

Fulguraron los ojos de Sidi-el-Zahur, aunque se abstuvo de intervenir.

—Se ha jugado usted la vida a cara o cruz, jovencita, y la ha perdido, a menos que hable rápidamente.

—Sabía que había perdido la vida, pero no me importa después de lo que adivino. Está usted vencido... Puede imaginarse lo que quiera.

Betty habló lentamente, con expresión irónica.

Peter Marcus sacó una pistola y apuntó con ella a la joven, quien en un alarde de dominio, se mantuvo serena, impassible.

—No estoy vencido, estúpida. Quedan aviones y otros vehículos y quedan gentes capaces de subsanar estos tropiezos. Y yo volveré, mientras que tú habrás terminado...

Iba a disparar, pero fue interrumpido por un servidor:

—Señor, llaman de la Embajada.

El rostro de Peter Marcus reflejó cierta ansiedad, Empujó a Betty delante de él e indicó al árabe que debía seguirle. Y se dirigió al sirviente:

—Telefonea al aeródromo. Que esté el avión dispuesto...

—Sí, señor.

Mientras marchaban hacia el teléfono, se dirigió a Betty:

—Darás un bonito salto desde tres o cuatro mil metros hasta, el océano. Llevando un peso atado a tu cuerpo, no quedará ni rastro de tu muerte. Lo siento por Dick Matews, que te llorará desconsoladamente.

* * *

Dick Matews saltó del pequeño automóvil y llamó a la puerta de hierro del jardín, en la mansión del financiero.

Advirtió que la vigilancia era mayor que de ordinario.

—Seguramente han llegado ya noticias del desastre.

Confiaba, no obstante, el joven en que las gentes de Peter Marcus le conocían como uno de los servidores del financiero.

—Él me creerá muerto y no habrá pensado en dar órdenes en contra mía.

Le abrió uno de los vigilantes y preguntó con tono duro, propio del hombre que trae algo de suma importancia:

—¿Dónde está el señor Marcus?

—Dentro.

—Vigilad bien y avisad si notáis algún movimiento en el exterior. Convendría que se destacase alguien...

Sin aguardar la respuesta, marchó hacia el interior de la casa, cuya puerta le fue franqueada.

—¿El señor Marcus?

El servidor que le abrió, se limitó a señalar hacia el despacho del financiero. Se escuchaban dentro del despacho voces alteradas y Dick Matews se dirigió a él.

Pero en el momento de llegar, se abrió la puerta con cierta violencia y Betty Hyder salió disparada por ella con terrible impulsó, yendo a chocar contra Dick, que la sostuvo entre sus brazos.

Detrás de Betty apareció Peter Marcus, pistola en mano aún y cuyo rostro reflejó infinito asombro al reconocer a Dick Matews. Pero el asombro dejó paso, sin transición, a la ira.

Adivinó Dick en la mirada lo que iba a suceder y dio un fuerte empujón a Betty, arrojándola al suelo, haciendo él lo propio al mismo tiempo.

A pesar de la rapidez con que actuó, sintió aún la mordedura de un proyectil al penetrar en sus carnes.

Mas el agudo dolor que sintió no le impidió echar mano a su pistola. Percibió otro choque en su cuerpo a pesar de que no se había estado quieto un solo instante para impedir que Marcus fijase la puntería; pero entonces pudo disparar él y lo hizo con la fría serenidad del que domina sus nervios en todo instante.

Peter Marcus se estremeció visiblemente al primer impacto, aunque intentó continuar disparando; pero un segundo disparo de Dick Matews le arrebató el arma.

El financiero quedaba inutilizado y Dick saltó ágilmente, sin

pensar en sus heridas. Lo tomó de un brazo y se escudó en él, apuntando a Sidi-el-Zahur, quien había echado mano rápidamente a una pistola.

—¡No tengo nada contra usted, Sidi-el-Zahur!... Puede marchar. Pero no intente la menor violencia porque soy de los que no fallan sus disparos...

Habían acudido corriendo algunos de los servidores del financiero. Su actitud era amenazadora, pero Dick los contuvo.

—¡Quietos o mato a vuestro amo y vosotros no lo pasaréis mucho mejor! ¡Betty! Recoja la pistola de Marcus y venga aquí, a mi lado.

Le obedeció la joven rápidamente mientras Sidi-el-Zahur aprovechaba la oportunidad que Dick Matews le ofrecía para salir de la casa con rapidez.

Peter Marcus se mantenía en pie en un prodigio de voluntad y porque Dick le sostenía por un brazo. No tardó en darse cuenta de su situación real y gritó, dirigiéndose hacia sus hombres, que se mantenían indecisos:

—¡Disparad! ¿Qué hacéis? Yo estoy ya despachado y no os podré proteger. ¡Acribilladles a los dos, aunque caiga yo con ellos! ¡Vamos!

—¡Quietos! —volvió a gritar Dick—. Por el momento, no hay nada contra vosotros, todos marcharéis libres. Pero si disparáis un solo tiro, la cosa variará de aspecto... Entonces no tendréis salida posible. La casa está rodeada.

Sidi-el-Zahur había salido ya. Pero no tardó en volver a entrar seguido de cerca por policía tunecina, dos de cuyos agentes se arrojaron sobre él, deteniéndolo, mientras el resto de los policías encañonaban a los sirvientes de Marcus.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó con voz vigorosa, dominando el tumulto, uno de los jefes de policía.

Detrás de él aparecieron Tracy y otro de los agentes del servicio, que se dirigieron resueltamente hacia donde se hallaban Dick y Betty, con el millonario.

—¡Por fin caíste, pajarito! Esta vez va a ser difícil que te libre toda tu influencia.

—Ha disparado contra mí, capitán, y he tenido que defenderme —explicó Dick, sintiendo que Peter Marcus no podía sostenerse en

pie y se le iba de las manos.

—¡Está mal, se muere! —gritó Tracy.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —murmuró Dick.

Dejó descansar el cuerpo del financiero en un sillón.

Peter Marcus abrió los ojos y señaló con gesto rebosante de odio para el joven Matews.

—¡Me odiaba y ha sido una venganza personal! ¡Quiero un abogado, mi abogado, que venga pronto! Debo darle instrucciones... ¡Te hundiré, Dick Matews! ¡Y hundiré también a tu padre! —dijo señalando a Betty Hyder—. Lo tengo en mis manos, lo sabes muy bien... ¡Os destrozaré a todos! Peter Marcus es invencible porque...

No pudo decir más. Dejó caer su cabeza sobre el pecho a tiempo que producía un estertor.

El capitán Tracy le tomó el pulso y dijo:

—Ha muerto. Tal vez haya sido lo mejor...

Betty cerró los ojos, asustada. No podía soportar el espectáculo de la muerte y Dick, comprendiéndolo, la apartó de allí tomándola de una mano; y se encaminó con la joven hacia el jardín.

El sol comenzaba a dar en él, envolviéndolo en una luz suave, dorada.

—¿Ves la Naturaleza? Sigue su marcha, ajena a nuestras miserias humanas. Ahora ya puedes estar tranquila. ¿Era lo de tu padre lo que te obligó a ponerte de su lado?

—Sí... —respondió ella tímidamente.

—No te sofoques. No pienso preguntarte lo que es. Se cometen errores y los granujas del tipo de Peter Marcus se aprovechan en muchas ocasiones de ello. Ahora quiero que me perdones si en ocasiones fui duro contigo. Necesitaba saber por una parte y defenderte por otra. Y si Marcus nos hubiese visto unidos, la victoria se habría hecho más difícil, tal vez hubiese escapado de nuestras manos.

—Lo comprendí, aunque un poco tarde. No te reprocho nada...

—No se trata ahora de reproches, sino de que me quieras un poco. Yo te quise desde el primer momento.

—¿A pesar de lo de Ilona...?

—Lo de Ilona hacía mucho tiempo que había ocurrido. Ya lo sabrás. La había querido mucho, pero... Es necesario olvidar y yo

había olvidado cuando la volví a encontrar aquella noche. Era tarde ya. Te quería a ti.

Sonrió Betty complacida y se dejó atraer por el hombre, que la estrechó entre sus brazos. Se sintió intensamente dichosa de saberse querida y cuando el hombre buscó su boca para besarla, se entregó por entero a la dulce caricia.

De pronto recordó y se separó de él alarmada.

—¿Y tus heridas?

—La verdad es que las había olvidado. No deben ser muy graves, pero sí lo bastante para que me den un permiso y aprovechar para casarnos.

—Pero nos iremos lejos...

—Nos iremos adonde tú quieras...

Y volvió a abrazarla estrechamente.

Epílogo

La policía tunecina detuvo a todos los que estaban comprometidos en el complot y Dick Matews, aunque extraoficialmente, fue muy felicitado.

Jack Power, herido de gravedad en su lucha en la montaña, falleció a consecuencia de las heridas, sin saber que Peter Marcus, su «asociado», había caído también.

Los agentes norteamericanos pudieron lograr documentos que deberían serles muy útiles, parte de los cuales cedieron a la policía tunecina.

Y la paz volvió a reinar.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monteroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.